

Nicanor Larraín, educador del siglo XIX, y el arte de la memoria artificial

*Clara Alicia Jalif de Bertranou*¹

Nos proponemos reproducir un folleto de fines del siglo XIX debido a Nicanor Larraín, cuyo título es “El arte de la memoria artificial. Ensayos mnemotécnicos”. Publicado en 1899 en Mercedes, Provincia de Buenos Aires, podríamos decir que este educador no descuidó un aspecto que tenía viejos precedentes desde la cultura greco-romana en adelante, según nos lo muestra.

Trazos biográficos

Larraín fue una personalidad polifacética singular. Nacido en la Pcia. de San Juan en 1840, su padre había participado de la campaña libertadora del Gral. San Martín. Siendo adolescente vivió un tiempo en Chile (algo que volvería a reiterar como adulto). A su regreso participó en distintas filas combatientes. Realizó estudios en el Colegio Nacional del Uruguay, y ya bachiller, continuó los superiores hasta graduarse de doctor en jurisprudencia en la Universidad de Buenos Aires, en 1869, con una tesis sobre el sistema penitenciario en la Argentina. Integró tribunales de Justicia en San Juan y Mendoza. Por su experiencia entre ambas provincias, realizó un influyente trabajo sobre límites geográficos en un litigio que afectaba a la región (1879). Estuvo entre los fundadores del Club Liberal en la ciudad de Buenos Aires (1881). Actuó en el Congreso Pedagógico Nacional en representación de la provincia porteña con motivo de la Exposición Continental Sudamericana, de alcances universales (1882), para el que elaboró el escrito “Legislación vigente en materia de educación”². Después de ser juez en

1 Profesora Consulta UNCuyo/CONICET <cajalif@gmail.com>

2 La Exposición fue obra proyectada, construida y dirigida por el Club Industrial de Buenos Aires.

distintas localidades, en 1888 lo hallamos integrando el Poder Judicial de Mercedes y, poco más tarde, el Consejo Escolar de Dolores, en la Provincia de Buenos Aires. Al retirarse de la actividad pública se radicó definitivamente en Mercedes, donde falleció en 1902 (Cutolo, V. O. 1975, 84-85).

De sus numerosos escritos, sobresale *El país de Cuyo*, documento que ha servido a historiadores de distintas épocas para estudiar las tres provincias que componen este núcleo: San Juan, Mendoza y San Luis (póstumo, 1906), y *La nueva Osorno o la ciudad de los Césares* (1874), que firmó con el pseudónimo Atalivar, una suerte de crítica utópica anónima, de fuerte contenido social y político, de inspiración krausista, según Arturo Andrés Roig (2006, 25)³. Asimismo, por sus preocupaciones pedagógicas e historiográficas fue autor del *Compendio de Historia Argentina: para el uso de las escuelas y colegios de la República* (1883), del que se hizo una nueva edición ampliada dos años después.

Sobre el pseudónimo adoptado no tenemos datos fehacientes, pero podría tratarse del término “atalivar” acuñado por Domingo Faustino Sarmiento cuando era redactor de *El Censor*, para referirse a personas inescrupulosas que cometen actos dolosos e ilegítimos al obtener una comisión por transacciones comerciales con el Estado; conocido en términos jurídicos como “cohecho”. Lo había empleado en referencia a Ataliva Roca, hermano de Julio Argentino Roca, quien cobraba los negociados de este por la venta de tierras públicas, creando Sarmiento un neologismo de forma verbal, para significar “coimear” o “estafar al erario público” (Bayer, O. 2009). Así pues, dado que Larraín se convierte él mismo en censor de actos inmorales en algunos de sus escritos, bien podría aludir a dicho origen de modo intencionalmente paradójico con el fin de denunciar cómo se procedía a “atalivar”.

3 El autor halla en Larraín y *La nueva Osorno o la ciudad de los Césares* el primer documento de la presencia del krausismo en la Argentina. Sobre el mismo puede verse: Biagini, H. 2009, 453-458.

El arte de la memoria artificial

El texto que presentamos resulta sugerente por su título cuando la expresión “memoria artificial” no puede menos que remitirnos hoy al dominio de la informática y la computación sin dejar de suscitaros cierta curiosidad. Pero a poco de andar podríamos decir –en términos excesivamente simplificadores– que hay algún parentesco entre lo que en aquel momento recibía tal nombre y lo que hoy entendemos por el mismo, sin por ello pensar que se estaba en una instancia precursora de los desarrollos tecnológicos del siglo XX. Y esto nos recuerda que en nuestras computadoras, al utilizar un buscador, el sencillo acto de escribir un término nos puede llevar a información que podría conducir sin solución de continuidad a otra u otras. En algunos aspectos los diseños han seguido el patrón del cerebro humano, que en la automatización trataría de imitar su comportamiento en tiempo vertiginoso.

En circunstancias en que la memoria “natural” nos falla o flaquea, por acción y efecto de la voluntad podemos recurrir a una palabra o término insinuante o disparador para pensar o expresar lo que deseamos en un proceso por elemental que fuere. Algo que nos da una pauta y al mismo tiempo nos pone en la pista o vía para cubrir el *lapsus*. Actúan esos términos como señuelos o avisos orientativos, lo que suele considerarse también una ayuda emergente. Son, en efecto, ayuda-memorias que, históricamente, hunden sus raíces desde tiempos muy lejanos e imprecisables. Hacen a la condición humana, pero sin embargo requieren ejercicio y práctica, que es lo que propone nuestro autor.

Larraín inicia el tema valiéndose de sus propios recuerdos y observaciones. En primer término acude a San Agustín y las *Confesiones*, donde la memoria aparece como una facultad que tiene distintos dones, uno de los cuales es su índole anticipatoria como presciencia en cuanto conocimiento de cosas futuras, a la vez que puede evocar el pasado y el presente, sobre los que se apoya. Este don es acompañado de otros, como la inducción, la deducción, el juicio y el raciocinio, que dan paso a la generalización, la imaginación y otras facultades que aportan igualmente conocimientos de las cosas y de los hechos. Larraín se refiere concretamente,

aunque sin explicitarlo, al libro X –el que mayor trascendencia histórica ha tenido en Occidente–, en donde a lo largo de sus cuarenta y dos capítulos puede encontrarse el tratamiento de aquella facultad, sin que todos revistan igual importancia para lo que quiere decir. En el capítulo VIII, titulado “De la admirable virtud y facultad de la memoria”, específicamente en los §12 a 16, es donde se introduce la cuestión de la memoria como una de las potencias del alma, sujeta siempre la argumentación a la busca de Dios. Las potencias del alma, que se apoyan recíprocamente y actúan al unísono, son: la apuntada memoria, la inteligencia y la voluntad. Dice allí San Agustín:

Continuando, pues, en servirme de las potencias de mi alma, como de una escala de diversos grados para subir por ellos hasta mi Creador, y pasando más arriba de lo sensitivo, vengo a dar en el anchuroso campo y espaciosa jurisdicción de mi memoria, donde se guarda el tesoro de innumerables imágenes de todos los objetos que de cualquier modo sean sensibles, las cuales han pasado al depósito de la memoria por la aduana de los sentidos. Además de estas imágenes, se guardan allí todos los pensamientos, discursos y reflexiones que hacemos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando de otro modo aquellas mismas cosas que fueron el objeto de nuestros sentidos; y en fin, allí se guardan cualesquiera especies, que por diversos caminos se han confiado y depositado en la memoria, si todavía no las ha deshecho y sepultado el olvido (Agustín, *Confesiones*, Libro X, cap. VIII, §10, 206).

Pero no es que estén materialmente las cosas, sino sus imágenes, por eso agrega más adelante:

Todo esto lo ejecuto dentro del gran salón de mi memoria. Allí se me presentan el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que mis sentidos han podido percibir en ellos, excepto las que ya se me hayan olvidado. Allí también me encuentro yo a mí mismo, me acuerdo de mí y de lo que hice, y en qué tiempo y en qué lugar lo

hice, y en qué disposición y circunstancias me hallaba cuando lo hice. Allí se hallan finalmente todas las cosas de que me acuerdo, ya sean las que he sabido por experiencia propia, ya las que he creído por relación ajena. A todas estas imágenes añado yo mismo una innumerable multitud de otras, que formo sobre las cosas que he experimentado, o que fundado sobre éstas he creído por diversos modos, y son las semejanzas y respectos que todas ellas dicen entre sí y esas otras. Además de esto, se han de añadir las ilaciones que hago de todas estas especies, como las acciones futuras, los sucesos venideros y las esperanzas; todo lo cual lo considero y miro en la memoria como presente, sin salir de aquel capacísimo seno de mi alma, lleno de tantas imágenes de tan diversas cosas. Y suelo decirme a mí mismo: *Yo he de hacer esto o aquello, y de aquí se seguirá esto o lo otro. ¡Ojalá que sucediera tal o tal cosa! ¡No quiera Dios que esto o aquello suceda!* Todo esto lo digo en mi interior y, cuando lo digo, salen de aquel tesoro de mi memoria y se me presentan las imágenes de todas las cosas que digo; y nada de eso pudiera decir si aquellas imágenes no se me presentaran (Cursivas del autor. *Ibid.*, §14, 207-208).

En los capítulos siguientes es donde incursiona en otros detalles sobre esta facultad, hasta hablar del olvido como algo que es parte de la memoria misma, cuando lo que almacena no puede recuperarse. Y aquí viene a enlazar el tema de la mnemotecnia en nuestro autor porque sin el olvido no sería necesaria “la memoria artificial” en su asistencia a la “memoria natural”. Reconociendo el valor de aquel precedente, dice Larraín en una síntesis:

El sabio obispo de Hipona, al hablar de la Memoria nos la presenta como el tesoro de las imágenes, pensamientos, discursos y reflexiones, formado, ya por la percepción de los sentidos, como la luz, los sonidos, las formas; ya por la evocación de la voluntad, como los colores que traigo al recuerdo en medio de la oscuridad, los sonidos en medio del silencio, como cuando entono una aria

sin abrir la boca y sin producir sonido alguno, o ya por la presencia de aquellas cosas que forja la imaginación.

Pero en el acto de extraer de la memoria lo que por ella puede recordar está también Platón, cuya anamnesis era sinónimo de conocimiento, que no ignora nuestro autor.

En otro orden y dentro de la epistemología contemporánea, fue Thomas S. Kuhn en su famoso libro *La estructura de las revoluciones científicas* quien habló de “comprensión previa” y “anomalías” en tanto ideas que circulan para describir fenómenos como coyuntura anterior a la construcción de nuevos paradigmas científicos. Una etapa pre-científica hasta la constitución de una segunda fase como “ciencia normal” o trayecto de aceptación de un paradigma antes de su eventual crisis o reemplazo por uno nuevo, en la dialéctica “pre-paradigma” / “pos-paradigma”:

El hombre que adopta un nuevo paradigma en una de sus primeras etapas, con frecuencia deberá hacerlo, a pesar de las pruebas proporcionadas por la resolución de los problemas. O sea, deberá tener fe en que el nuevo paradigma tendrá éxito al enfrentarse a los muchos problemas que se presenten en su camino, sabiendo sólo que el paradigma antiguo ha fallado en algunos casos. Una decisión de esta índole sólo puede tomarse con base en la fe (Kuhn, T. S. 1971, 244).

Instancia aquélla que, desde el punto de vista sociológico, “... significa toda la constelación de creencias, valores, técnicas, etc., que comparten los miembros de una comunidad dada” (*ibid.*, 269).

A cuento de ello, la mención de los fisiólogos era todavía común en la época en la que escribe Larraín, pues bajo la influencia de la Ideología se enseñaron las primeras cátedras de Filosofía una vez llegados a la vida independiente para suplantar a la Escolástica del ciclo colonial, ante el propósito de formar un Estado secular.

Sin abundar demasiado, la Ideología fue un movimiento francés durante la etapa tardía de la Ilustración que se interesó por el origen de

las ideas y el conocimiento a partir de las sensaciones, especialmente con los trabajos de Condillac, Cabanis y Destutt de Tracy (también del ámbito angloparlante con los escritos de Jeremy Bentham y John Locke). Al modo de la aritmética y el cálculo, le concedió gran importancia a la gramática y la retórica dentro del estudio del lenguaje. Asimismo al estudio de las ciencias y el método inductivo y experimental. Con su laicismo, en asuntos políticos eran decididamente republicanos y es sabido que sus repercusiones en América fueron muy notables⁴. De acuerdo con esta postura, no es de extrañar que el arte retórico se popularizara y tuviese lugar destacado para difundir y persuadir a los ciudadanos de nuevas y revolucionarias iniciativas.

Las ideas mencionadas, ligadas a la de progreso indefinido, tuvieron eco por ejemplo en Estados Unidos de Norteamérica, donde Thomas Jefferson, amigo de Destutt, editó el cuarto volumen de los *Elementos de Ideología*, el *Traité de la volonté*, con el título *A Treatise of Political Economy* (1817); título que no responde a sus originales objetivos. Previamente había traducido y publicado la obra de Destutt sobre Montesquieu, *A Commentaire and Review of Montesquieu's Spirit of Laws* (1811).

En el Río de la Plata, a los tan conocidos nombres de Juan Crisóstomo Lafinur, Juan Manuel Fernández de Agüero y Diego Alcorta es preciso incorporar el de Luis José de la Peña, de quien fue alumno nuestro autor en el curso preparatorio que dictaba en la Universidad de Buenos Aires en 1867 para el que elaboró el trabajo *Disertación filosófica sobre la libertad* (Roig, A. A. 1972a, 267)⁵. Su *Curso de Filosofía, 1827* (De la Peña, L. J. 2005), muestra que ya no era aceptado en su amplitud el sensualismo de los primeros filósofos franceses aludidos, sino el que, más moderado, tuvo a Laromiguière como guía, en quien el origen de las ideas estaba en la facultad de la atención antes que en los puros datos sensibles

4 Sobre algunas de dichas repercusiones, podemos remitir a nuestro escrito: Jalif de Bertranou, C. A. 2009, 471-480.

5 En el Programa del Curso de Filosofía de De la Peña, dictado en 1865, figuran entre sus cincuenta y tres alumnos, Francisco Ramos Mejía y Guillermo Hudson, según lo que se lee en el impreso. Lamentablemente no contamos con el correspondiente al año 1867.

retenidos en el fondo de las “anfractuosidades” o surcos del cerebro. Con todo, al cursar, Larraín debió recibir de De la Peña las lecciones sobre la base de lo que Eugène Geruzez enseñaba en la Academia de París. Mas es de hacer notar que los cursos editados de Fernández de Agüero, Alcorta y De la Peña, nos hacen ver que concedían lugar sustancial a la retórica. Es decir, que la filosofía no aparece escindida del arte de hablar⁶. Por otro lado, aquel estrato biológico lo había sostenido Galeno en sus estudios, de aquí que diga Larraín: “Galeno localizaba la facultad de la memoria y del recuerdo en el ventrículo posterior del cerebro”. Sin embargo, el giro del que hablamos se advierte en el escrito no solamente por la crítica al sensualismo y la focalización que hace en la atención, sino también por la mención de su maestro Amadeo Jacques (París, 1813-Buenos Aires, 1865), quien pasó del eclecticismo cousiniano a un racionalismo moderado en materia filosófica y pedagógica, social y política, que circulaba en Francia antes de su exilio rioplatense en julio de 1852. Este exilio se debió a sus diferencias con el ministro de Instrucción Pública durante la etapa del II Imperio bonapartista (1852-1870). Ya en 1847 había fundado *La Liberté de Penser. Revue Philosophique et Littéraire*, que enunciaba en su título una posición liberal y democrática que le acompañó siempre. No en vano había participado de la Revolución de 1848. En su primer Editorial afirmaba que la libertad estaba en peligro y que la filosofía tenía un papel social y político que cumplir. Decía claramente: “La philosophie a évidemment un rôle social et politique à remplir ”(Jacques, A. 1848). A lo que añadía más adelante: “... nous sommes les défenseurs de la souveraineté absolue de la raison, que tout ce qui porte ombrage à la liberté de penser est notre

6 Sobre el vínculo filosofía y retórica, puede verse: Cattani, Adelino. “Filósofos y oradores. Filosofía en la retórica, retórica en la filosofía”. En sus conclusiones dice: “Hablar bien es indicio y causa de pensar bien. Pensar bien significa también pensar los pro y los contra, confrontándose con los otros dialógicamente o polémicamente. Esto es, pensar bien es también argumentar y contraargumentar. Y la argumentación es el instrumento típico de la retórica y de la filosofía. En esta circularidad reside, reitero, la relación entre filosofía y retórica: argumentar es una operación que tiene naturaleza puramente retórica y tiene finalidad netamente filosófica” (2011, 130).

ennemi”. Por ello expresa taxativamente que la causa de la filosofía y la causa de la libertad eran inseparables. Huelga decir que la revista dejó de publicarse con su alejamiento de Francia⁷.

Ya en América, de este maestro nadie pudo olvidar sus enseñanzas en cualesquiera de los lugares donde habitó, dejando huellas que trascendieron las cátedras y así lo muestra Larraín, mencionándolo con afecto y como autoridad digna de recuperarse: “Me acordé de mi maestro A. Jacques, quien me hablaba de la Memoria como del “fondo de nuestra actividad intelectual y auxilio indispensable de todos los actos del espíritu”. Un profesor que tenía importante trayectoria en su país natal, con probados conocimientos filosóficos poco comunes en el Río de la Plata, pero también en ciencias. De este modo, parte de sus esfuerzos estuvieron orientados a la enseñanza práctica, en especial de las ciencias aplicadas a la agricultura, el comercio y la industria (Vermeren, P. 1998, 98)⁸. Por otro lado, *Cuyo* publicó hace años, por atención de Arturo Roig, “La memoria sobre el sentido común como principio y como método filosóficos” que Jacques leyera en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París el 12 de enero de 1839 (Roig, A. A. 1969). Esta “Memoria” fue un anticipo de las ideas desarrolladas en el *Manual de Filosofía –Manuel de Philosophie à l’usage des collèges*⁹–, que redactó junto a Jules Simon y Émile Saisset,

7 Sobre la posición imperante en Francia leemos en ese texto: “Nous nous rencontrons tous dans les doctrines spiritualistes qui, grâce à Dieu, sont aujourd’hui unanimement proclamées par toute la philosophie française: la souveraineté de la raison, la providence de Dieu, la liberté, l’immortalité de l’âme, la morale du devoir; et c’est en ce moment notre plus douce pensée, de sentir, qu’attachés de conviction et de cœur à cette noble cause, comme nous ne pouvons vivre et prospérer que par elle, il n’est pas non plus un de nos succès qui ne doive lui revenir”.

8 Una crítica a las ideas pedagógicas de Jacques se hallará en: Puiggrós, A. 1990, 94 y ss.

9 Jacques, A. et al. 1846. *Manuel de Philosophie à l’usage des collèges. Introduction et Psychologie par A. Jacques. Logique et Histoire de la Philosophie, par Jules Simon. Morale et Théodicée, par Émile Saisset*. Paris: Joubert. *Manual de Filosofía para el uso de los colegios*. Versión española hecha de la segunda edición francesa por Martínez del Romero. Madrid: Calleja, 1848.

estando a cargo de la Introducción y la parte dedicada a psicología. El *Manual* suplantó hasta cierto punto en nuestras cátedras el *Nuevo curso de filosofía para el uso de los colegios* (*Nouveau cours de philosophie pour le baccalauréat*, 1838 y ediciones posteriores), de Geruzez (1799-1865), si bien puede constatarse que al menos hasta 1922 seguía utilizándose, por ejemplo en la Escuela Normal de Señoritas, en Mendoza, según ejemplar que tenemos a la vista (1876). No obstante, a Geruzez lo tiene en cuenta Larraín cuando, al hablar de la estructura de las palabras, cita al vuelo una de sus frases: “La memoria se fortifica por la atención y el ejercicio”. Y aunque no es ocasión de establecer un mayor cotejo entre lo que contiene el libro del filósofo francés y lo que Larraín desarrolla, puntualmente dice el *Nuevo curso de filosofía*:

La memoria se fortalece con la atención y el ejercicio; si el espíritu se aplica a la observación de un objeto, si le considera con atención, no dejándole hasta que esté enteramente seguro que le conoce, conservará fielmente su impresión; si después toma otra vez este recuerdo, y le trae muchas veces en su presencia, la memoria guardará el depósito que se le confía, y se le volverá al primer llamamiento. Si al contrario no hace más que vislumbrar el objeto, y no hace caso de fijar esta vaga percepción, la memoria rechazará pronto la impresión, y el acuerdo [recuerdo?] perecerá en la inteligencia. En una palabra, la memoria, del mismo modo que las demás facultades, toma su poder prestado de la atención y [de su] actividad (1876, 81).

Pero, retomando a Jacques, en materia pedagógica fue autor de la *Memoria sobre instrucción general y universitaria* (1865), a la que Roig se refirió con el fin de destacar la influencia del pensamiento francés en América Latina, cuya irradiación la sitúa sobre “el liberalismo romántico” de la segunda mitad del siglo XIX, lo que explicaría su larga vigencia (1972b, 156).

Conocedor de la mitología griega, Larraín escribe que la diosa de la memoria o Mnemosine había engendrado las nueve musas, por lo cual

era la madre de la ciencia. En efecto, esta titánide era hija de Gea y Urano, de la Tierra y el Cielo, que, en unión con Zeus, el rey de los dioses o dios supremo, había originado las musas de los saberes y artes: Calíope (inspiradora de la poesía épica y la elocuencia), Clío (inspiradora de la historia y la poesía heroica), Erato (inspiradora de la poesía amorosa), Euterpe (inspiradora de la música), Melpómene (inspiradora del teatro trágico), Polimnia (inspiradora del canto religioso), Talía (inspiradora de la comedia y la poesía pastoril), Terpsícore (inspiradora de la danza y el canto coral) y Urania (inspiradora de la astronomía, la astrología, las matemáticas y las ciencias exactas). Así pues, poseía Mnemosine un lugar elevado en la constelación mítica, de privilegio absoluto, dado que sin ella no sería posible elaborar discurso alguno, tal como afirma Platón –siguiendo la teoría pitagórica de la reminiscencia– en diálogos como *Menón*, *Fedón*, *Fedro* y *Teeteto*, como también en los retazos que nos han quedado de los presocráticos y los sofistas, pese a las diferencias. Teniendo el poder de recordar, era la facultad sobre la que se recostaban las otras e implicaba la percepción y la auto-percepción de objetos ideales: “Entrando a los dominios de la Mitología, hallamos que Mnemosina, diosa de la Memoria, era hija del Cielo y de la Tierra, y madre de las nueve musas, con lo que se la acredita como madre de la Ciencia, y como el vínculo precioso entre Dios y el hombre, entre lo divino y lo humano”.

Que nuestro autor era una persona informada lo muestra asimismo la mención del presocrático Simónides de Ceos (Ceos, 556-Siracusa, 468 a. C.), de quien reconoce que fue el creador del “arte de la memoria”. La trascendencia de este poeta no se reduce al arte mnemotécnico del que dio muestras de modo práctico en un mentado hecho que se le atribuye, sino también a que supo otorgarle un sentido para el ejercicio de la palabra, que es lo que le interesa a Larraín. Esto es, la función que cumple la técnica del recuerdo para el arte de la retórica, tal como se dio en el mundo greco-romano. Sin embargo, durante la Edad Media, con la Escolástica, se la colocó al servicio de la ética, perdiendo el sentido original. Es lo que señala la investigadora británica Frances A. Yates, en su libro publicado originalmente en 1966, *El arte de la memoria* (2005, 39). Ahora bien, no es esa la intención primaria –insistimos, primaria de Larraín en el texto aquí

transcripto, pues aunque tuvo preocupaciones de carácter ético-moral, estas se hallan de modo evidente en otros escritos suyos. Pero veamos qué nos dice precavidamente la autora porque nos ayuda a comprender las intenciones del sanjuanino. Dice Yates:

El primer hecho básico que el estudioso de la historia del arte clásico de la memoria ha de recordar es que este arte pertenecía a la retórica, como técnica por la que el orador podría perfeccionar su memoria, lo que le capacitaría para extraer de la memoria largos discursos con infalible precisión. [...] aquellos infalibles guías de todas las actividades humanas que fueron los antiguos habían proporcionado reglas y preceptos para el perfeccionamiento de la memoria (Yates, F. A. 2005, 18).

Para la autora, que prefiere hablar de arte antes que de mnemotecnica, necesariamente hay que tener en cuenta a Cicerón y a Quintiliano para saber de qué se trataba, pues no hay otras maneras de tomar conocimiento de lo que representaba en aquella antigüedad griega la retórica y sus modos de enriquecerla, en el que el orden u organización y la vista –“el más eficaz de los sentidos”–, constituían sus procedimientos más apropiados. En tal sentido, no hay mejor fuente que el tratado *Rhetorica ad Herennium* (Retórica a Herenio, c. 90 a. C.), atribuido erróneamente a Cicerón, y el *De oratore*, que sí le perteneció, pues en dichas fuentes queda claro que la educación en ese arte era fundamental (*ibid.*, 30). Y ¿no es esto lo que se proponía Larraín, dentro de la modestia de su folleto? Educar en el arte de la memoria, con las herramientas que tenía en su momento, mediante un esbozo propositivo de sistematización para la mejor acción de la memoria, apelando a lo que rodeaba a los jóvenes a los cuales estaba destinado. Como cita de Cicerón, Yates afirma que este arte era un auxiliar de la naturaleza, a la cual engrandecía: “el arte puede perfeccionar la naturaleza” (*ibid.*, 37), pero también asevera que en los siglos XV y XVI todos los tratadistas siguieron, de un modo u otro, el *Ad Herennium* (*ibid.*, 129).

Y si de la tradición anterior, durante, y posterior a Simónides,

Larraín parece tener noticias lo muestra el hecho de las menciones de la sofística, de Phedro (Gayo Julio Fedro, c. 15 a. C.-c. 50 d. C) y La Fontaine (1621-1695). Incluso, en la abundancia de antecedentes como principio de autoridad para lo que expresa, Malebranche (1638-1715) es uno de ellos, tanto como Jean Joseph Jacotot (1770-1840), pedagogo ampliamente conocido en nuestro medio, creador de un método de enseñanza que lleva su nombre. Precisemos. Aquí alude el sanjuanino a uno de los cuatro principios de ese método a propósito de recordar números tomando fechas según su valor y su duración, pero también a los conocimientos de disciplinas como la Historia, la Aritmética y el cálculo, ya que “todo está en todo”. Los restantes principios son: todas las inteligencias son iguales; un individuo puede todo lo que quiere; se puede enseñar lo que se ignora¹⁰.

Ejercicios mnemotécnicos

Después de las palabras introductorias, la ejercitación con objetivos mnemónicos es dividida por Larraín en los siguientes apartados: números, imágenes, objetos, hechos, nombres, lugares, palabras según su estructura, asociación de ideas, la atención, y el remedio contra las distracciones del espíritu. No entraremos en detalles de cada uno, pero sí nos detendremos en algunos aspectos que nos parecen destacables.

Respecto de los *números*, sobre lo cual algo acabamos de decir, para recordarlos Larraín propone el camino de la asociación de ideas en el cual es factible acudir a hechos, circunstancias, acontecimientos, y todo aquello que nos permite sacar del olvido lo que queremos evocar. Pero, ¿qué sucede con las *imágenes*? Su origen es la percepción externa, que se puede dar por un “fenómeno de reflexión” o por la introducción de “especies materiales”, esto es, por los datos que nos brindan los sentidos, o por la apercepción de algo que ya hemos percibido y recordamos. En estos casos la memoria evoca conocimientos de las cosas, sean materiales o abstractas, porque de estas últimas también hay imágenes. En resumidas cuentas, la “materia prima” de la cual se nutre la memoria son aquellos

10 Sobre Jacotot puede verse: Rancière, J. 2003.

datos sobre los que elabora sus imágenes mediante el juicio, que ha realizado comparaciones, y generalizaciones por medio del raciocinio. Pero no es simplemente “recordar”, sino “reconocer” porque este acto combina elementos conocidos que dan paso al recuerdo de una cosa y ese es un reconocimiento dado que acuden también conocimientos ya adquiridos. Además, Larraín tiene la vieja idea de la *tabula rasa* cuando nos dice que los recuerdos de la primera infancia se graban mejor “en la receptividad casi vacía de la Memoria, gracias al carácter de novedad de las primeras impresiones”. No es el caso de los adultos, en quienes los recuerdos se agolpan como en tropel y hacen más difícil discernir sobre las propias imágenes. Escribe: “Si la memoria es el receptáculo de los conocimientos, es indudable que estos son los elementos que debo evocar y combinar para tener el recuerdo de la cosa que busco”. Sobre el punto es cuando le otorga el carácter anticipatorio que ya señalamos, porque puede adelantarse al futuro: “Lo que parecerá un imposible, es que la memoria contiene también las imágenes futuras, imágenes que ella saca de sí misma, combinando lo conocido para formar imaginativamente las cosas que quiere conocer”, sin importar el modo como han advenido.

En cuanto a los *objetos*, Larraín afirma: “Para recordar un objeto, cualquiera que sea su naturaleza, y cuyo nombre me viene a la memoria, necesito pasar en revista las condiciones en que lo vi, el lugar, la forma, el uso, su estado, y luego recordar los objetos que le son similares en cualesquiera de las condiciones expresadas”. Es aquí, nos parece, donde más se acerca nuestro autor a la idea de orden y secuencias en ese proceso recordatorio: un pasar revista a algunas condiciones que, como en los casilleros del arte mnemónico, ubica la cosa a recordar antes de pasar a las semejanzas o similitudes. Una elevación por planos gnoseológicos está presente, que va de lo más simple a lo más complejo.

Acerca de los *hechos*, nada más oportuno que tener en cuenta para recordarlos la asociación con “columnas miliares de la vida nacional”, es decir, con acontecimientos históricos sobresalientes. Pero con relación a los *nombres* la variedad de recursos puede acrecentarse: “Los nombres propios o comunes, son simples o compuestos; primitivos o derivados; concretos o abstractos, ideológicos, onomatopéyicos; representan cosas o

cualidades, ocupaciones, lugares, plantas o animales, y en fin, hay palabras homónimas que bajo una misma forma representan cosas diferentes". Por ejemplo, nombres de animales que "representan sonidos [...] tomados del grito peculiar de los animales que así se llaman", como es el caso del tero-tero o chajá. O bien cuando se trata de objetos destinados a un uso particular, por lo que mientan, como es el caso de "anteojos", "paraguas", entre otros tantos. Para los nombres propios las alusiones pueden asimismo guiarnos, según se trate de cosas (Barco, Cabello, Oro,...); compuestos (Villa-Nueva, Monte-Negro,...); oficios (Tejedor, Herrero,...); ocupaciones (Labrador, Montero,...); lugares o peculiaridades geográficas (Plaza, Ríos, Lagos,...); animales (Lobo, León, Vaca,...); plantas (Sarmiento, Romero, Manzano,...); colores (Bermejo, Blanco,...); derivados (Justino, Justiniano,...), etc., y de esta manera procediendo razonadamente en el proceso asociativo, pero también recurriendo a la homonimia, si fuere el caso.

Recordar *lugares* también suele requerir ayuda: "Para fijar en la memoria los nombres de lugares, conviene conocer su significación histórica; su origen, posición que designan, regiones que les son propias; designación física o química según su naturaleza, equivalentes en los idiomas, significación geográfica, referencia a los simples, en los nombres compuestos, etc., etc.". Ejemplos serían: Buenos Aires, Río Colorado, Río IV, Los Andes, Plata, Pehuenche, Antropología, y así sucesivamente.

La *gramática* puede dar frutos provechosos para Larraín: "[...] el estudio de los idiomas, y en último resultado, el estudio del pensamiento, tiene un rico caudal de recursos que podemos utilizar aplicados a la mne-monia", en especial porque orientan según la estructura de las palabras. De este modo, cuatro son los tipos en los que pueden clasificarse: nombres, verbos, partículas, e interjecciones. Los primeros designan cosas o cualidades, mientras que los verbos han sido agrupados según su desinencia en tres familias: -ar, -er, -ir. Las partículas tienen también su importancia porque "relacionan, unen, o separan". Por lo que hace a las interjecciones, ellas indican una "impresión del espíritu que se siente afectado por una causa cualquiera".

Llegados a este punto, desarrolla el tema de la *asociación de ideas*, una de las funciones psicológicas que nos acompañan constantemente

porque una idea llama a otra y asimismo subsecuentemente. Sin embargo, en su proceder ella tiene sus pautas y normas lógicas.

El juicio es una comparación de dos o más ideas y según transite de una idea general a una particular o al revés, tendremos una deducción o una inducción. En cuanto al raciocinio, es la “correlación de las ideas, que como una especie de irradiación parte desde nosotros, o de una idea dada, para extenderla y ensancharla, siguiendo un orden dado de concepciones”. El orden parte de lo inmediato a lo mediato, de lo que está más próximo a nosotros para extenderse a un “orden dado de concepciones” amplias y abarcadoras: “... partimos de nosotros y nos extendemos a la humanidad toda, formando en nosotros mismos el punto antropocéntrico que sucesivamente nos lleva del individuo o persona hasta la gran colectividad constituida por la especie humana”, cuidándonos de no perder de vista la idea central generadora.

Sobre *la atención*, “ese estado feliz del espíritu”, que es de lo que en definitiva se trata, al término de su escrito Larraín no opta por la posición de Destutt ni la de Laromiguière, es decir, que sea una facultad especial o un acto de la voluntad. Prefiere poner el acento en que es necesaria su aplicación sobre los objetos para sacar provecho de ella en cualquier ejercicio de conocimiento, pero muchas veces no basta el acto voluntario de su fijación, pues ocurre que hay circunstancias que nos impiden o dificultan su direccionalidad, como cuando estamos muy fatigados, por ejemplo, y ella se debilita. Con este propósito brinda algunos consejos que considera de utilidad, porque básicamente su escrito no es teórico, sino de aplicación práctica –algo que reiteramos–, para fortalecerla mediante ejercicios metódicos.

Breves conclusiones

Guaman Poma de Ayala y su valioso libro *El Primer nueva corónica y buen gobierno*, estudiado prolijamente por Rolena Adorno, narra la vida incaica, como es sabido. Páginas que cristalizan allí una historia para conocimiento del rey de la España conquistadora, Felipe III, pero también para la sociedad en la que tenía su cuerpo y existencia. Palabras y dibujos

–textos verbales y textos visuales– grabados en el código por el mediador y cronista que dicen algo en sí mismos y también remiten a lo que a ellos pueda asociarse. Se trataba de recordar, demostrar y criticar las injusticias del sistema colonial, y, una cuestión no menor, de aleccionar a sus contemporáneos, ya fuesen de ultramar o vecinos para un “buen gobierno”. De esta forma, creemos ver en este antiguo antecedente americano (y sin que pueda emparentarse –así nos parece– con el ensayo larrainiano), no un catálogo o muestrario, sino una historia pasada y presente, vívida, fruto también de un arte mnemónico.

Saltando en los siglos y situándonos en ámbitos muy diferentes podríamos perforar lo que la pieza de Larraín ofrece a simple vista y preguntarnos si se trató de una casi ingenua entrega. Desde un contexto amplio, más allá de las intenciones expresadas en un formato sencillo, sin preciosismos, hay un fondo político y social que no le es extraño a juzgar por los autores que cita y las recomendaciones que da para la adquisición de habilidades y técnicas. La naturaleza de los seres humanos es igual en cada uno, pero son las condiciones de tiempo y espacio las que modifican las posibilidades o alternativas para su realización. De esta suerte, el arte de la memoria y su reversión en el lenguaje para el buen decir es sacado de esferas exclusivas con el fin de ser transmitido en escuelas primarias y secundarias de una nación que deseaba popularizar la enseñanza, con sus serias contradicciones y yerros¹¹.

El escrito tiene el fin de coadyuvar a principiantes, como se ha dicho, pero editado en Mercedes, asiento de la importante Escuela Normal Mixta en la Pcia. de Buenos Aires, de modo que es claro que los destinatarios también podían ser o eran sus otros “hijos”, los alumnos¹². Hay un trasfondo que no se limita al arte de recordar, sino también a que lo que se recuerda y está acumulado en la memoria sirva para la vida social, en donde ciudadanos virtuosos velan por el bien común. Además, la propuesta

11 Para una apreciación crítica de la concepción educativa del período, puede verse: Puiggrós, A. 1990.

12 La Escuela fue fundada por decreto presidencial el 21 de marzo de 1887 (Puiggrós, A. 1990, 65).

de estos ejercicios en permanente reelaboración es posible verla como parte del dominio de sí para extraer las mejores posibilidades de nuestro ser en el que ideas, personas y acciones constituyen una unidad.

Lo atractivo de Larraín es plantear el tema de un modo didáctico y asociado a los elementos, lugares, circunstancias y personas cercanas, es decir, dentro de su medio histórico, social y geográfico, conformado por objetos comunes, reales o fantasiosos, pero al uso. Qué tomar de la vida cotidiana y del pasado inmediato o lejano, por ejemplo. Una retroalimentación en la que una idea se resignifica. A veces se contamina, otras se purifica, muta, se estiliza, pero siempre en un fluir del que brotarán nuevas imágenes.

En un diferente nivel, podríamos decir en función de los ejemplos que emplea especialmente en la sección destinada a recordar *nombres*, que no escapó a los estereotipos de la lectura histórico-social y política que su propio tiempo impuso, a fuerza de dicotomías instaladas desde la primera mitad del siglo en un espacio de disputas por hegemonías.

Decía Amadeo Jacques en el Editorial de su revista algo que Larraín compartía:

L'Etat, dans l'éducation, a un double devoir. Il doit, par l'Université, donner un enseignement normal, affranchi de la domination des familles, des caprices de l'opinion et des hasards de la concurrence. Il doit, dans les écoles libres, réprimer le charlatanisme et l'avidité, et punir tout enseignement contraire à la morale et aux lois de l'Etat. Le droit de punir implique le droit de surveiller. On invoque à grands cris le droit des pères de famille; il est sacré; celui de l'Etat ne l'est pas moins. Il s'agit de faire à la fois des citoyens et des hommes¹³.

13 Traducción propia: "Sobre la educación el Estado tiene una doble obligación. Debe, mediante la Universidad, brindar una enseñanza normal, libre de la dominación de las familias, de los caprichos de la opinión y de los azares de la competencia. Debe, en las escuelas libres, combatir el charlatanismo y la codicia, y castigar toda enseñanza contraria a la moral y a las leyes del Estado. El deber de castigar implica el deber de

Por lo demás, esta presentación ha pretendido humildemente insinuar que aquí podrían darse investigaciones particulares asociadas a los modos de la enseñanza, el arte de la memoria, la mnemotecnica, la retórica y la filosofía en nuestro país, por indicar solamente algunos aspectos. Nuestro polígrafo entrevé que las debilidades de las inteligencias podían superarse mediante técnicas apropiadas para ayudarnos a cubrir los vacíos de aquello que alberga muchas veces sin saberlo conscientemente. ¿Y no es esto notorio como soporte de un ámbito espiritual que no podría tener a la mano todo lo que ha experimentado? Quizá el simple olvido sea una astucia de la naturaleza para nuestra propia sobrevivencia, pero como no estamos determinados, la memoria “natural” y “artificial”, por medio de la atención era –y es– un recurso cuya ejercitación beneficiaría a las generaciones presentes y futuras. La tensión entre olvido y recuerdo no implica una escisión. Tiene hilos sutiles. Lo ínfimo puede tomar espesor, textura. Lo oscuro puede tornarse claroscuro y hasta luminoso, pero nadie podría aventurar un final, una terminación, y he allí su constante desafío.

Bibliografía

- Agustín, San. *Confesiones*. 1983. Traducidas según edición latina de la congregación de San Mauro, por el R. P. Fr. Eugenio Ceballos. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Edición digital basada en la 10ª ed. de Madrid, Espasa Calpe. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/confesiones--0/html/ff7b6fd2-82b1-11df-acc7-002185ce6064.html>. Para la parte utilizada específicamente, disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/confesiones--0/html/ff7b6fd2-82b1-11df-acc7-002185ce6064_19.html#I_162_. Fecha de consulta: 20 de setiembre de 2016.
- Bayer, Osvaldo. 21-11-2009. Debatir la historia, en asamblea, en diario *Página 12*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-135661-2009-11-21.html>. Fecha de consulta: 01 de octubre de 2016.

vigilar. Se invoca a los gritos que el derecho de los padres de familia es sagrado, pero el del Estado no lo es menos. Se trata de formar a la vez ciudadanos y hombres”.

- Biagini, Hugo. 2009. Nicanor Larraín y su utopía endógena. En *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia: homenaje al filósofo Arturo A. Roig*, compilado por P. Vermeren y M. Muñoz, 453-458. Buenos Aires: Colihue.
- Cattani, Adelino. 2011. Filósofos y oradores. Filosofía en la retórica, retórica en la filosofía, en *Rétor* (Buenos Aires), 1:2, 119-130.
[http://www.revistaretor.org/pdf/retor0102_cattani\(esp\).pdf](http://www.revistaretor.org/pdf/retor0102_cattani(esp).pdf). Fecha de consulta: 10 de octubre de 2016.
- Cutolo, Vicente Osvaldo. 1975. *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*. Buenos Aires: Editorial Elche, t. IV, L-M, 84-85.
- De la Peña, Luis José. 2005. *Curso de Filosofía, 1827*. Primera edición y prólogo por Clara Alicia Jalif de Bertranou. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía Argentina y Americana.
- Destutt de Tracy. 1811. *A Commentary and Review of Montesquieu's Spirit of Laws: to which are annexed, Observations on the Thirsty First Book by the late M. Condorcet; and Two Letters of Helvetius, on the Merits of the same Work*, trans. Thomas Jefferson. Philadelphia: William Duane. Disponible en: <http://oll.libertyfund.org/titles/960>. Fecha de consulta: 05 de octubre de 2016.
- Destutt de Tracy. 1817. *A Treatise of Political Economy*. Georgetown: Joseph Milligan. Disponible en: <http://oll.libertyfund.org/titles/121>. Fecha de consulta: 05 de octubre de 2016.
- Geruzez, Eugène. 1876. *Nuevo curso de filosofía para uso de los colegios*. Trad. de la 2ª ed. francesa. París: Librería de Garnier Hermanos.
- Guaman Poma de Ayala, Felipe. [1615]. *El Primer nueva corónica y buen gobierno*. Ed. facsimilar. Editado por John V. Murra y Rolena Adorno, traducciones del quechua por Jorge L. Urioste. Biblioteca Real de Dinamarca. Disponible en: <http://www.kb.dk/permalink/2006/poma/info/es/frontpage.htm>. Fecha de consulta: 01 de agosto de 2016.
- Jacques, Amédée. 1847. Éditorial, *La Philosophie et la Liberté de Penser*. Disponible en: <http://pages.textesrares.com/index.php/Philo19/Amedee-Jacques-La-Philosophie-et-la-Liberte-de-penser.html>. Fecha de consulta: 05 de octubre de 2016.

- Jacques, Amadeo. 1903. "Proyecto de plan de instrucción general y universitaria de la Comisión designada por el Poder Ejecutivo el año 1865 y Memoria presentada por el Doctor Amadeo Jacques", en *Antecedentes sobre enseñanza secundaria y normal en la República Argentina*, editado por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública 71-75. Buenos Aires: Talleres Tipográficos de la Penitenciaría Nacional.
- Jacques, Amadeo. 1969. Memoria sobre el sentido común. Presentación y notas de Arturo A. Roig. *Cuyo. Anuario de Historia del Pensamiento Argentino* (Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía) 5: 161-189. Disponible en: bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/4328/159-cuyo-1969-tomo-05.pdf. Fecha de consulta: 06 de octubre de 2016.
- Jalif de Bertranou, Clara Alicia. 2009. La migración de las ideas. Cuando la Ideología cruzó el Atlántico. En *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia: homenaje al filósofo Arturo A. Roig*, coordinado por P. Vermeren y M. Muñoz 471-480. Buenos Aires: Colihue.
- Kuhn, T. S. 1971. *La estructura de las revoluciones científicas*. Col. Breviarios. Trad. de Agustín Contin. México: FCE.
- Larraín, Nicanor. 1874. *La nueva Osorno o la ciudad de los Césares*. Mendoza: Imprenta El Argentino.
- Larraín, Nicanor. 1883. *Compendio de historia argentina para el uso de las escuelas y colejos de la República*. Buenos Aires: L. Castex, Librería de las Escuelas.
- Larraín, Nicanor. 1906. *El país de Cuyo*. Relación histórica hasta 1872, publicada bajo los auspicios del Gobierno de San Juan por el Dr. Nicolás Larraín. Buenos Aires: Imprenta de Juan A. Alsina, Calle de México 1422. Revisada y anotada por Pedro P. Calderón.
- Puiggrós, Adriana. 1990. *Sujetos, disciplina y currículum en los orígenes del sistema educativo argentino*. Col. Historia de la Educación Argentina. Buenos Aires: Galerna.
- Rancière, Jacques. 2003. *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Trad. de Núria Estrach. 1ª ed. Barcelona: Laertes, S. A. de Ediciones.
- Roig, Arturo Andrés. 1972a. *El espiritualismo argentino entre 1850 y 1900*.

- Col. Biblioteca Cajica de Cultura Universal, v. 105. México, Puebla: Cajica.
- Roig, Arturo Andrés. 1972b. Amédée Jacques, un ecléctico francés en el Río de la Plata. Un capítulo de la influencia del pensamiento francés en América Latina. *Caravelle. Cahier du Monde Hispanique et Luso-brésilien*, 19, 1: 143-156. Disponible en: http://www.persee.fr/doc/carav_0008-0152_1972_num_19_1_1870. Fecha de consulta: 18 de octubre de 2016.
- Roig, Arturo Andrés. 2006. *Los krausistas argentinos*. Edición corregida y aumentada. Buenos Aires: Ed. El Andariego.
- Vermeren, Patrice. 1998. *Amadeo Jacques. El sueño democrático de la filosofía*. Col. Puñaladas. Ensayos de Punta. Prefacio de Arturo A. Roig. Buenos Aires: Colihue.
- Yates, Frances A. 2005. *El arte de la memoria*. Traducción de Ignacio Gómez de Liaño. Madrid: Siruela. Disponible en: https://monoskop.org/images/7/74/Yates_Frances_A_El_arte_de_la_memoria.pdf. Fecha de consulta: 24 de octubre de 2016.

Ensayos Mnemotécnicos

→ 0 ←

EL ARTE DE LA MEMORIA ARTIFICIAL

→ POR ←

EL Dr. NICANOR LARRAIN

MERCEDES



1899

IMPRENTA, LIBRERÍA y ENCUADERNACION DE MINGOT Y ORTIZ
MERCEDES (Bs. As.)

Ensayos Mnemotécnicos¹

[3] Leyendo las *Confesiones* de San Agustín, encontré varios capítulos sobre la Memoria, esa importante facultad que a menudo participa del don de presciencia, evocando el pasado, recreándose en el presente y llamando el porvenir, con el auxilio de sus congéneres[:] la inducción, deducción, generalización, juicio y raciocinio, imaginación y demás facultades que nos dan el conocimiento de las cosas y de los sucesos.

Es cuestión de pura escolástica, saber si la Memoria es una facultad de la inteligencia, o si cada facultad tiene su memoria, constituyendo esta una modalidad de su ser.

Los fisiologistas que en gran parte buscan en el organismo la razón y causa de los fenómenos psicológicos, creen hallar en las anfractuosidades del cerebro el órgano especial que les da vida, y en tal caso, la memoria sería una simple función del organismo, pero esto sería confundir el órgano con sus funciones, y más que eso, encontrar una función del espíritu como derivación de un órgano que cuando más podría ser la condición o modo de su existencia. Galeno localizaba la facultad de la memoria y del recuerdo en el ventrículo posterior del cerebro.

1 La reproducción de este folleto se ha hecho sobre la base del que donara en marzo de 1964 al Instituto de Filosofía de la UNCuyo el Dr. Luis Noussan-Letry (1923-1989), profesor titular de la Casa en Historia de la Filosofía Moderna.

En la transcripción se ha modernizado la ortografía y respetado en general la sintaxis del autor, salvo cuando se ha considerado de importancia la interpolación o cambio de algunos signos de puntuación para facilitar la comprensión. El número entre corchetes indica la página original del texto. Las notas al pie pertenecen a la editora.

Se recuerda que Clemente VI tenía una memoria prodigio, a la que aseguraba haberse desarrollado en él después de una fuerte contusión en el cráneo.

También es sabido que otros, por idénticas causas, han perdido la facultad del recuerdo, y las ciencias médicas nos hablan al respecto, de numerosos casos en que una lesión o simple contusión ha ocasionado la pérdida de la memoria.

Sin embargo, este fenómeno es común en los epilépticos y catalépticos, y la amnesia o disminución y pérdida de la memoria, se nota a menudo en las personas de mucho estudio, por el cansancio de la inteligencia a causa del excesivo trabajo intelectual.

[4] De todo lo que se desprende, que la Memoria es una facultad independiente del organismo y sus funciones, aunque se acepte que ella tenga su órgano especial, lo que en definitiva no sería más que el medio, asiento o modalidad de su existencia.

Volviendo al tema principal que motiva estas reflexiones, creo que la memoria, es una facultad especial puesta al servicio de la inteligencia en todas sus manifestaciones.

Me acordé de mi maestro A. Jacques, quien me hablaba de la Memoria como del “fondo de nuestra actividad intelectual y auxilio indispensable de todos los actos del espíritu”.

Recordé que la ilustración y la experiencia tienen su razón de ser en esta preciosa facultad; que nuestra propia identidad no podría comprobarse, si la Memoria relacionando el pasado y el presente no me pusiese de manifiesto lo que he sido y lo que soy hoy, y hasta me ensañase lo que puedo ser, siguiendo la lógica de los acontecimientos, y teniendo en cuenta mis afanes y legítimas aspiraciones.

El sabio obispo de Hipona, al hablar de la Memoria, nos la presenta como el tesoro de las imágenes, pensamientos, discursos y reflexiones, formado, ya por la percepción de los sentidos, como la luz, los sonidos, las formas; ya por la evocación de la voluntad, como los colores que traigo al recuerdo en medio de la oscuridad, los sonidos en medio del silencio, como cuando entono una aria sin abrir la boca y sin producir sonido alguno, o ya por la presencia de aquellas cosas que forja la imaginación.

Pero ¿el conocimiento de las ciencias por dónde ha entrado al espíritu?; sin duda alguna que estaba en el alma, y sale cuando se le llama por el estudio o el conocimiento adquirido (Platón decía, “el hombre no hace más que recordar”).

La Memoria no solo conoce lo que fue y lo que es; sino lo que será y aun lo que puede ser, mediante la ilación y la asociación de ideas que nos lleva a los sucesos venideros, a los acontecimientos futuros, y por medio de la previsión, o siquiera de la esperanza, nos pone de presente lo que vendrá o puede venir.

La Memoria es tan reflexiva que con ella nos acordamos de habernos acordado: también están en la Memoria las pasiones y las afecciones del ánimo; nos acordamos de las cosas que no son más que una aspiración, como el bienestar que se desea, o la bienaventuranza a que se aspira.

La Memoria se acuerda hasta de lo que ha perdido, como cuando vemos un hombre que nos es conocido, pero cuyo nombre no podemos recordar para asociarlo al hombre que vemos.

San Agustín piensa como Platón, que “la Memoria es respecto del alma, lo que el estómago es respecto del cuerpo”.

Dada la importancia de esta preciosa facultad, lo primero que ocurre es tratar de fortificarla por el ejercicio, porque también las facultades, como los órganos del cuerpo, tienen su gimnasia que las robustece: con razón se ha dicho: “si cada día aprendiésemos dos renglones de memoria, pronto seríamos sabios”.

Pero el ejercicio también tiene las reglas y preceptos que constituyen un método mnemónico que haga fácil la adquisición de los conocimientos y el recuerdo de éstos, cuando el espíritu necesita tenerlos de presente.

Así como al estudiar los cuerpos fijamos sucesivamente la atención en sus caracteres físicos, químicos, usos, etc.; así al estudiar los recuerdos necesitamos traer a la memoria, las semejanzas, el lugar, el tiempo, el nombre, el juicio, el raciocinio, y la asociación de ideas que en este estudio juega un papel importante.

Entrando a los dominios de la Mitología, hallamos que Mnemosina, diosa de la Memoria, era hija del Cielo y de la Tierra, y madre

de las nueve musas, con lo que se la acredita como madre de la Ciencia, y como el vínculo precioso entre Dios y el hombre, entre lo divino y lo humano.

Según la tradición, el poeta Simónides, favorecido por los dioses de un modo muy extraordinario, cuando asistía al banquete dado por el atleta Scopas, asunto que han tratado Phedro, Protágoras, Cicerón, La Fontaine y otros, se ocupó en crear un método mnemónico capaz de ponernos a salvo de los caprichos olvidadizos [6] de la Memoria; y según el mismo Cicerón, la idea de orden y de lugar fueron los fundamentos de esa invención de la Memoria artificial, que, por desgracia, no ha llegado hasta nosotros: "ordinem esse maxime qui memoriae lumen afferent" [con el fin de sacar a la luz, especialmente aquellos de memoria].

Según esa tradición, la mnemona, mnemónica o mnemotecnia, era el arte de facilitar las operaciones de la Memoria, empleando las imágenes, los objetos, los números y demás recursos que nos pueden ofrecer las facultades discursivas y reminiscentes.

Ejercitando la Memoria por el estudio y la retención de lo que ha sido su objeto, podemos fácilmente ensanchar esta facultad, y ponernos en mejores condiciones para recordar lo que se quiere.

A este fin, yo he empleado con provecho este ejercicio en las escuelas, desde los primeros grados en la enseñanza común, sirviéndome, entre otros, del medio siguiente:

Un niño abre un libro de lectura y lee un párrafo cualquiera; en seguida le hago cerrar el libro y le pido me explique o me dé una idea de lo que ha leído.

Si la primera vez, por la novedad del medio empleado, no satisface a mi pregunta, le hago repetir la lectura, y puedo asegurar, que entonces el alumno me explica el contenido de lo que ha leído.

En los grados superiores uso el mismo procedimiento, pero en mayor escala, y como sé que un pensamiento trae otro y otro, según la similitud que haya entre ellos, provoco así un ejercicio de asociación de ideas en que la memoria juega el principal papel, si bien es cierto que en estos ejercicios debe suponerse el conocimiento de las ideas asociadas, y por tanto, cierta ilustración en el alumno que interrogo.

Sin pretensiones de crear un arte mnemónico, que no conozco hasta hoy, sino es el que la tradición atribuye a Simónides, pero cuyo procedimiento es desconocido, voy a sentar algunos reglas y ejercicios de que mis hijos puedan sacar algún provecho.

NÚMEROS

En el juego de familia conocido con el nombre de lotería de cartones, recuerdo haber oído el que extrae [7] las bolillas de la bolsa, cantar los números de la siguiente manera:

90, el padre eterno; 22, los dos patitos; 33, la edad de Cristo; 69, para arriba y para abajo; 88 los anteojos de Caifás; 3, las tres Marías; 11, los zancos de Mahoma, etc.

He aquí los números relacionados con los objetos según su forma, con las fechas según su valor, y con el tiempo según la duración.

Pero también podemos aplicarlos a la Historia, a la Geografía, a la Aritmética y al cálculo en general, comprobando así la verdad pedagógica de Jacotot de que, “todo está en todo”.

Es fácil retener en la memoria una cantidad marcada por la unidad seguida de ceros, pues que toda la operación consiste en recordar cuántas cifras constituyen el número que se busca; sin embargo, como un nuevo auxilio, podemos referir el número a aquellos que la Historia ha marcado de alguna manera, y que por referirse a hechos de reconocida importancia, pueden quedar mejor grabados en la memoria; ejemplos:

10. Este número me recuerda la base de nuestro sistema de numeración, y el número de los preceptos del Decálogo (Mandamientos de la ley de Dios).

100. Para recordar este número traigo a la memoria que era el cuadrado de diez (10^2); y que cien unidades representan un siglo.

1000. Para recordar este número, traeré a la memoria el vocablo griego *kilo*; una obra árabe que lleva por título “Las mil y una noches”; que el número buscado es el cubo de diez (10^3); y en fin, que hay una expresión común que indica los inconvenientes y trabajos, diciendo: “tuvo mil dificultades que vencer”.

10.000. Recordando que después de la batalla de Cunaxa² los auxiliares griegos tuvieron que retirarse bajo el mando de Xenofonte (Anabaso [Anábasis o Expedición de los Diez Mil]), en consecuencia de la derrota de Ciro el joven, me vendrá a la memoria el número diez mil, el que por otra parte habré tenido el cuidado de fijar como la cuarta potencia del número diez (10^4).

Pasemos a otros números cuyas cifras no sean ceros.

33. Al confiar a la memoria este número, debo observar que está formado por dos cifras iguales, y que la [8] suma de valores absolutos, o la repetición de cualquiera de sus cifras me dará por resultado el número 6; que 33 fija en años la edad de Jesucristo cuando fue crucificado; que en la República Oriental [del Uruguay], hay un Departamento que lleva el nombre de “Los treinta y tres” [Los Treinta y Tres Orientales], y que recuerda uno de los esfuerzos más gloriosos y patrióticos llevado a cabo por sus hijos bajo la dirección de Lavalleja.

336. Son tres cifras; la suma de las dos primeras me da un valor igual al de la tercera, y la suma de sus valores absolutos me dará por resultado 12.

1888. Son cuatro cifras cuya suma es igual a 25, las tres cifras últimas son iguales, y la suma de cualquiera de ellas con la primera me dará 9.

25. Es el cuadrado del [cinco] (5^2); y sobre todo, me trae a la memoria la fecha de la Revolución de Mayo.

27. Es el cubo de tres (3^3); la suma de las dos cifras es igual a 9.

1492. Al confiar este número a la memoria, tendré presente el año del descubrimiento de América, que marca el fin de la Edad Media y el principio de la Moderna; que fue a fines del siglo XV; y así contaré desde luego como cifras conocidas las de los millares, centenas y decenas, quedándome solo el trabajo de buscar el número que representa las unidades; recordaré en fin, que en la fecha indicada tuvo lugar la toma de Granada que dio fin a la dominación de los moros en España.

2 Batalla de Cunaxa, 03-09-401 a. C., a 70 km de Babilonia, entre el rey persa Artajerjes II y su hermano menor, Ciro el Joven, a quien dio muerte.

Es muy difícil que con tantos apuntes en la memoria no quede grabado en un modo indeleble el número que he de recordar después.

444. Es un número que consta de tres cifras pares y cuya suma es igual a 12; pero como este dato podría inducirme en error, pues que 246 y 642 y las permutaciones de sus cifras dan también la suma 12, añadiré, cuando me ocupe de 246, que la razón ascendente es 2, y cuando se trate de 642, que la razón descendente es también 2.

3579. Suma de sus cifras 24: las cifras son impares y su razón progresiva es 2.

2002. Número de cuatro cifras; la primera y última son iguales en su valor absoluto y su suma o producto es igual a 4, y las cifras segunda y tercera son ceros.

[9] Respecto de los números dígitos, vocablo que siempre designa la palabra dedos, basta referir su valor a cosas que los representen; ejemplos:

1- Dios, la unidad, cualquier nombre propio.

2- Las Américas; las Indias, la dualidad humana, espíritu y materia.

3- La Trinidad; los reinos de la Naturaleza; los estados de la materia.

4- Los puntos cardinales; las estaciones del año; las Provincias Argentinas del Litoral.

5- Las partes del mundo; los sentidos; las letras vocales.

6- Los días de la Creación según el Génesis Mosaico: las cuerdas de la guitarra; las Provincias Andinas de la República.

7- Los días de la semana; los colores del espectro solar; las notas de la música.

8- Los planetas de nuestro sistema sideral; las bienaventuranzas; las Intendencias en que estos dominios fueron divididos bajo el régimen colonial.

9- Los días de Julio cuando se declaró nuestra Independencia.

Estos ejemplos se pueden repetir al infinito, y con tales anotaciones en la memoria es muy difícil que no recordemos el número que se quiere.

IMÁGENES

Que las imágenes entren en nosotros por los sentidos de la percepción externa, ya sea por un fenómeno de reflexión, o por la introducción de especies materiales como las partículas odoríferas, o que éstas despierten la idea latente de lo que hemos apercibido, siendo la ocasión del recuerdo, lo cierto es que la Memoria evoca el conocimiento de las cosas, ya materiales o ya abstractas; porque la verdad es, que también las cosas abstractas tienen su imagen, aunque esto sea una paradoja.

Al estudiar las cosas corpóreas, nos llama desde luego la atención, su forma, color, tamaño, resistencia, distancia, y todas aquellas condiciones físicas que son propias de la materia, y que conocemos por medio de los sentidos.

[10] Esta especie de materia prima la elabora la Memoria con el auxilio del juicio que compara y del raciocinio que generaliza, y pasamos luego a estudiar sus elementos químicos, y por fin sus usos, sus yacimientos, sus medios de producción, etc.

Así, yo veo la sal común, y reconozco esta materia por su color que me es conocido; por la sapidez, que le es peculiar; por sus condiciones higrométricas y de solubilidad; por los fenómenos de crepitación que ofrece arrojada al fuego; por el modo como cristaliza, etc.

En seguida estudio sus componentes (N^a Ch^2) y sé que está formada de cloro y de sodio, sustancias que aisladamente son nocivas a la economía animal, pero que combinadas, son útiles, provechosas y hasta necesarias para la nutrición.

Luego estudio sus yacimientos, y ora la encuentro en las salinas naturales, o bien la veo extraer por la evaporación, de las aguas del mar.

Todas las observaciones anteriores son otros tantos registros que por medio del estudio confío a la memoria, y si bien sé desde luego, que todos estos caracteres son propios de la sal común, ellos me indicarán también, que cada vez que observe un fenómeno de los ya indicados, en un cuerpo cualquiera, tengo la presunción de que estoy en presencia de la sal, y resultará que esa sal es la común o marina, combinando los demás fenómenos que necesariamente debo hallar en ella.

Si encuentro montones de esta sustancia en un saladero, la presunción es que será sal, porque conozco el uso que de ella se hace para la conservación de las carnes; y si pongo un grano en la boca, y si observo que cristaliza en la forma cúbica, ya no tengo la menor duda respecto de la sustancia que examino.

Se dirá que estos son conocimientos que da la experiencia adquirida por la observación y el estudio, y que en el caso propuesto no se trata de *recordar* sino de *reconocer*, y bien, ¿reconocer no es combinar los elementos conocidos para traer a la memoria el recuerdo del cuerpo que se llama así?

[11] Si la memoria es el receptáculo de los conocimientos, es indudable que estos son los elementos que debo evocar y combinar para tener el recuerdo de la cosa que busco.

Lo que parecerá un imposible, es que la memoria contiene también las imágenes futuras, imágenes que ella saca de sí misma, combinando lo conocido para formar imaginativamente las cosas que quiere conocer.

Por ejemplo, tengo una hija casada que pronto será madre, y yo abuelo, me imagino un nietecito que tendrá el físico simpático de la madre, pelo negro, ojos expresivos, nariz ñata y respingada, labios delgados, etc. Y en esta visión risueña de una segunda paternidad, veo en mi nieto las condiciones morales del padre y los sentimientos de franca espontaneidad del abuelo.

Yo hago cariños en mis adentros, a ese ser que si ya tiene existencia legal y viable, aun no la tiene visible, y acaso podría suceder, lo que Dios no quiera, que muriese antes o al nacer; que fuera mujer en vez del varón que espero, y aunque así sucediera, jamás se borraría de mi memoria el ser que he concebido y cuya imagen ideal me complazco en acariciar y traer a mi recuerdo cada día que pasa. (1) [Nota al pie: En su debido tiempo tuve el nieto que me había imaginado].

Como se ve, tenemos la imagen de lo que es, y aun de lo que puede ser en el orden de las cosas existentes, pero que existe para nosotros en la imaginación.

Respecto de la imagen de las cosas pasadas nadie puede ponerlas en duda; y conviene recordar, que los sucesos de la niñez, viven en nuestra

Memoria de un modo más vivo que la de aquellas cosas que han sucedido después, lo que por cierto no es de extrañar, desde que esos hechos de la edad primera han podido grabarse mejor en la receptividad casi vacía de la Memoria, gracias al carácter de novedad de las primeras impresiones, lo que no sucede en una edad más avanzada, cuando los hechos y los acontecimientos afluyen en confuso tropel a nuestra atención.

Existen pues en nosotros las imágenes de las cosas pasadas, presentes y aun futuras, que podemos evocar [12] a voluntad, según la facultad de la Memoria, prescindiendo del modo como llegaron a nosotros.

OBJETOS

Para recordar un objeto, cualquiera que sea su naturaleza, y cuyo nombre me viene a la memoria, necesito pasar en revista las condiciones en que lo vi, el lugar, la forma, el uso, su estado, y luego recordar los objetos que le son similares en cualesquiera de las condiciones expresadas.

Respecto del lugar, podré hacer estas reflexiones: vi el objeto que trato de recordar, en la ciudad o en la campaña; en estado natural o modificado por el arte; era de forma redondeada o no; era sólido, líquido o gaseoso; tenía tal color y servía para esto o aquello en las aplicaciones que ordinariamente se le da.

Respecto del uso; era comestible o propio de los vestidos; pertenecía al reino tal de la naturaleza; se produce en tal región o se fabrica en tal pueblo.

Respecto de su forma; asumía los caracteres geométricos por sus líneas o planos o pertenecía a los cuerpos redondos por su naturaleza o revolución.

Respecto de su estado; era líquido naturalmente o estaba licuado por la acción del calor; o era sólido y al tacto ofrecía tal resistencia, siendo áspero o suave, untuoso o no, desmenuzable o resistente, frío o caliente; o en fin, era gaseoso, y presentaba un olor agradable o desagradable; protegía las funciones respiratorias o las molestaba.

Respecto del color, era blanco, o negro, o colorado, etc.

En cuanto al lugar; es bien sabido que las cosas que pertenecen al

reino vegetal, no pueden hallarse sino en los jardines, huertas, sembrados, bosques, etc.; y que generalmente las cosas que allí se encuentran se hallan en estado natural. En cuanto a las cosas de uso, yo tendré que buscarlas en o cerca de las moradas del hombre, observando que casi siempre son objetos industriales. En cuanto a las formas, con muy raras excepciones, las cosas presentan a la simple vista, el estado amorfo, y desde luego, para buscar un cuerpo que asuma formas geométricas, tendré que [13] buscarlo en todas aquellas partes donde la industria hace sentir su influencia. En cuanto al estado, si líquido lo buscaré en el reino animal, o en las frutas, o en las aguas, pues el reino mineral solo nos ofrece el mercurio y el petróleo, en ese estado. Si sólido, lo buscaré en aquellas partes o lugares que convengan a su naturaleza, como los minerales en los cerros o en los museos. Si gaseoso, en el medio ambiente en que vivimos, en los lugares que convengan a su exaltación, como el carbono en las plantas o en los lugares donde hay combustión.

Ejemplo. Mirasol: recuerdo que es una ave que he visto en los campos del Sud; desde luego no busco el nombre en las ciudades, aunque el animal pueda existir en algún jardín zoológico; recuerdo que es blanco, y en su forma parecido al pingüino, que tiene un cuello muy alto; que siempre o casi siempre está mirando al sol; que..., ah!, justamente, por esta última circunstancia me acuerdo que el nombre que busco es *mirasol*, y es el que corresponde a la ave que he traído a la memoria.

HECHOS

En cuanto a los hechos o sucesos dignos de recordación, los referiremos o a las fechas, o a los lugares, o a ciertas y determinadas medidas en el tiempo, o a los acontecimientos ordinarios en la vida particular o nacional.

Respecto de los primeros, la Memoria tiene pocos auxiliares del recuerdo, pero los tiene y bien importantes; por ejemplo:

El día 9 de Julio de 1816, es propiamente un importante jalón en la vida de los recuerdos, y pienso que en ese mes hay otras fechas memorables entre los que está el acontecimiento que quiero recordar.

El 18 de Julio se separa de la comunidad argentina la provincia oriental del Uruguay, y se incorpora al Portugal (1821); y así paso en revista los hechos hefeemeridográficos [*sic*] que evoco en mis recuerdos, pero, no doy con la fecha ni el hecho que busco.

Ahora recuerdo que es un acontecimiento que tuvo grande influencia sobre los destinos de la Humanidad, [14] el que ocurrió en Europa, hace como cien años; que los tronos se conmovieron; que... ¡ya recuerdo! es la toma de la Bastilla, hecho glorioso que tuvo lugar el 14 de Julio de 1789.

Otro ejemplo; recuerdo que en 1867 se libró un combate en la provincia de San Luis; que se trataba de una gran montonera, o mejor dicho, de una coalición de todos los caudillos del desorden contra la Autoridad Nacional; que fue durante la Presidencia del General Mitre y cuando sosteníamos la guerra contra el tirano del Paraguay, de donde fue necesario retirar algunos cuerpos del ejército; que la montonera tomó la ciudad de San Juan y marchó sobre San Luis, con el intento de batir el cuerpo de ejército que mandaba el General Paunero; que el Coronel Arredondo con algunos cuerpos de línea y de guardias nacionales, batió y derrotó a los montoneros en... a la orilla de un río... del río... Río Quinto, hecho de armas conocido con el nombre de... de un santo... un fundador... San Francisco? no! Loyola? no... ese nombre corresponde á la ciudad de San Luis en memoria de su fundador D. García Oñes de Loyola; ah! ya recuerdo, es San Ignacio, un lugar del Río V, y por eso, el hecho que ahora recuerdo se llama "Batalla del Paso de San Ignacio sobre el Río V".

Como se ve, he recorrido los períodos presidenciales, las batallas, las fundaciones de pueblos, y con estos auxiliares fáciles de retener en la memoria, he hallado un nombre y un hecho memorable.

Conviene tener presente, que hay acontecimientos, como el Descubrimiento de América, del Río de la Plata, [de la] fundación de Buenos Aires, la Revolución de Mayo, la fecha de nuestra Emancipación Política, la caída del tirano Rosas, la Revolución del 11 de Setiembre, la Convención de 1860, y los períodos presidenciales, que en la vida nacional son lo que los natalicios en la vida de familia, y deben siempre tenerse en la memoria, porque son hechos que marcan de un modo cierto y preciso épocas de

necesarios recuerdos, y casi podría decirse que son las columnas miliares de la vida nacional.

[15]

NOMBRES

Los nombres propios o comunes, son simples o compuestos; primitivos o derivados; concretos o abstractos, ideológicos, onomatopéyicos; representan cosas o cualidades, ocupaciones, lugares, plantas o animales, y en fin, hay palabras homónimas que bajo una misma forma representan cosas diferentes.

Así, las palabras onomatopéyicas me darán una regla fija para encontrar los vocablos o nombres que representan sonidos, como chajá, benteveo, terotero, corral, tagua-tagua, tuco-tuco, nombres tomados del grito peculiar de los animales que así se llaman.

Pueden los nombres tomar su origen del uso a que se destinan las cosas que designan, y así es fácil recordar los nombres, anteojos, paraguas, pararrayo, paracaídas, cortaplumas, y otros nombres muy generales en los idiomas americanos esencialmente ideológicos, que llevan en sí mismos la significación de su nombre.

Si son nombres propios, puede encontrárselos recordando el origen de ellos, así:

Nombres de cosas aplicados a las personas: Fuentes Barra, Vela, Espejo, Luna, Puerta, Barco, Campana, Mármol, Cabello, Oro, Escalera, Arca, Roca, Correa, Estrella, Piedras, Madero, Arenas, Mesa, Billar y muchos otros.

Nombres de calidades: Delgado, Rubio, Fuerte, Lozano, Gallardo, Dulce, Pacífico, Bueno y otros.

Nombres compuestos: Casa-Blanca, Villa-Nueva, Casa-Cuberta, Villa-Mayor, Río-Blanco, Monte-Negro, Capa-Negra y otros.

Nombres combinados: Mariana[,] de María y de Ana; Anacleto, de Ana y de Cleto; Rosalía de Rosa y de Lía; Victoriana, de Víctor y de Ana, etc.

Nombres de oficios: Tejedor, Tornero, Sastre, Zapatero, Herrero, Tonelero, etc.

Nombres de ocupaciones: Ovejero, Campero, Labrador, Montero, Cazador, Aguador, Hortelano, etc.

Nombres de lugares: Plaza, Ríos, Barrancos, Lagos, Campos, Montes, Calle, Huerta, Valle, Carril, Rivera, Peña, Canal, etc.

[16] *Nombres tomados de los animales:* León, Lobo, Vaca, Toro, Novillo, Cordero, Gallo, Cuervo, Gama, Grillo, Ratón, Delfín, etc.

Nombres que proceden de plantas: Sarmiento, Parra, Espina, Berro, Hortiguera, Arboleda, Romero, Centeno, Naranja, Olivo, Manzano, Pera, Sauce, Peral, Raíces, Encina, etc.

Nombres tomados de los colores: Bermejo, Blanco, Prieto, Rojo, Pardo, Moreno, Rosa, Amarillo, etc.

Nombres derivados: Victorio, Victorino y Victoriano de Víctor; Justino y Justiniano de Justo; Clemente, Clemencia y Clementina de Cleme; Maximino y Maximiano de Máximo; Antón, Antonia y Antonino de Antonio, etc.

Así, cada nombre propio podemos referirlo a su origen, a la idea que representa, y aun a su sonido, siendo así fácil traerlo a la memoria cuando lo evocamos por el recuerdo.

Todavía nos quedan otras fuentes preciosas en la homonimia de los nombres, en su carácter prosódico, en el número de sus sílabas, y hasta su terminación o desinencia.

A cualquiera ocurre buscar por la terminación *on* los nombres propios Abdón, Solón, León, Salomón, Zenón, Napoleón, Antón, Cicerón y otros.

Por su acentuación, los nombres Aníbal, César, Ángel, Pedro, Amílcar y otros graves; o Gerónimo, Américo, Rómulo, Máximo y otros esdrújulos; o José, Joaquín, Tomé, Daniel, Germán y otros agudos.

Respecto de la homonimia, encuentro en la palabra Bartolomé el nombre de uno de los primeros hombres (Mitre); el del inmortal protector de los indios en los primeros tiempos de la conquista de América (Las Casas); el de uno de los doce discípulos de Jesucristo quien se dice predicó el Evangelio en las Indias y en la Etiopía, San Bartolomé.

Existe en Milán una obra maestra de escultura que se debe a Marcos Agratos³, solo conocido por su maravillosa obra San Bartolomé, en que el santo está parado, enteramente desollado desde la planta de los pies hasta la cabeza, llevando su propia piel sobre el hombro a manera de manto.

La historia de Francia nos recuerda en la noche del [17] 24 de agosto de 1572, el más sangriento episodio de las guerras religiosas, llevado a cabo a instigaciones del duque de Guisa, de Catalina de Medici y consentimiento de su hijo Carlos IX. Los hugonotes (protestantes) fueron bárbara y traidoramente asesinados en París, en número que se hace variar de dos mil a diez mil.

Como se ve, la asociación de ideas me ha llevado con motivo de un nombre propio, a recordar varias personas que llevan ese nombre; a recordar igualmente una obra genial que adorna las galerías del Duomo de Milán; y traer con horror y tristeza a la memoria; el recuerdo de la intolerancia religiosa llevada hasta el crimen en su mayor expresión de ferocidad.

Es indudable que empleando el procedimiento contrario, llegaré fácilmente a buscar y encontrar el nombre de Bartolomé que he querido o quiero asociar a los hechos rememorados; dando por sentado que el nombre en cuestión se me había perdido en los senos y escondrijos inconmensurables de mi memoria.

LUGARES

Para fijar en la memoria los nombres de lugares, conviene conocer su significación histórica; su origen, posición que designan, regiones que les son propias; designación física o química según su naturaleza, equivalentes en los idiomas, significación geográfica, referencia a los simples, en los nombres compuestos, etc., etc.

Significación histórica. Maldonado, lugar en los suburbios de Buenos Aires, que nos recuerda las crueldades de Francisco Ruiz, jefe

3 Alusión al escultor italiano Marco d'Agrate (1504-1574) y su obra, San Bartolomé, colocada en la Catedral de Milán o *Duomo di Milano*, en 1562.

que Mendoza dejó en Buenos Aires en 1536, al año siguiente de haberla fundado: una mujer fue atada a un árbol para ser devorada por las fieras, pero a los tres días se la encontró viva y defendida por una leona y sus cachorros: era el pago de una deuda de gratitud. Este caso es semejante al de Androcles, esclavo romano que fue arrojado a las fieras y defendido por un león al que había sacado una espina de la pata.

Matanzas: recuerda la que los fundadores de Buenos Aires hicieron sobre los *querandíes* en 1581, en [18] un lugar, a pocas leguas de la capital argentina, conocido con el nombre que se quiere recordar.

Campo del Cielo: lugar en la provincia de Santiago (Chaco) donde existe un gran aerolito.

Buenos Aires: nombre tomado de la exclamación del capitán Sancho García del Campo, cuando en presencia de la nueva tierra exclama: “qué *Buenos Aires* son los de este suelo”.

Montevideo: el vigía de la capitana en la expedición de Magallanes en 1520, exclama a la vista del Cerrito: *monte-veo*.

Idéntica significación tendrán, Cabo de las Tormentas, o de Buena Esperanza, Puerto Deseado, Bahía de Mal Abrigo, y otros nombres que tienen en sí mismos la razón histórica de su ser.

Nombres según su origen: Río Colorado, Negro, Blanco, Salado, Amarillo etc., fijarán su significación en el color de sus aguas, según las materias que tengan en solución o suspensión; así el primero, nos hace saber que tiene ocres rojizas; el segundo, zarzas o compuestos ferruginosos; el tercero, creta; el cuarto, sales; el quinto, materias sulfurosas, y así de tantos otros nombres de cosas que por el color o sabor que les es peculiar, me llevan al conocimiento del nombre con que se les designa.

Nombres de cosas, según su cristalización, yacimientos, petrificaciones, etc. Todos los cuerpos inorgánicos cristalizan en una de las seis formas típicas, aunque asuman cualquiera otra forma de pasaje o secundaria, que siempre será el resultado de los truncamientos, biselamientos, apuntamientos, etc. Aun aquellos que cristalizan en una forma irregular, tienen también su agrupación que los distingue por la estructura; tales son entre otros: ejemplos:

Estructura fibrosa: el yeso, el amianto.

“hojosa: las pizarras, minas, talcos.

“compacta: los mármoles, jaspes.

“sacaroide: el azúcar, el asperón.

La piedra pómez (lava), nos acusará desde luego su origen ígneo; las petrificaciones, la existencia del sílice sustituyéndose a la molécula orgánica, e indicándonos con el lenguaje de los hechos, los lugares más propios [19] para el desarrollo de aquel fenómeno; tales son, el río Uruguay, el río Negro y otros.

Nombres según el orden, región, forma, etc. En las provincias de Córdoba, San Luis y Santa Fe, tenemos los ríos 1°, 2°, 4°, 5°, y su orden de sucesión al partir de un punto dado, nos indicará el nombre del río. Un distrito minero me indicará desde luego la existencia de un mineral cualquiera, y viceversa, y si hallo la piedra metálica y extendiendo mi vista sobre el terreno, sabré si es propia del lugar o no, y jamás se me ocurrirá suponerle un yacimiento en las Pampas, o a las costas de los ríos, sino en las montañas, y hasta podré indicar la región que le es propia, teniendo aunque sea una ligera noticia de nuestros distritos mineros; así, los minerales de plata, son propios de las regiones andinas; las piedras calizas sé que existen también en los Andes, pero que las hay en abundancia en las costas orientales del río Paraná, en Córdoba, etc. El carbón de piedra sé que existe entre nosotros en San Juan y Mendoza; y así, la posesión de un pedazo de mineral, si lo tengo en Buenos Aires, me trae al recuerdo los nombres de Lota, Kardiff, Coronel; pero si esto ocurre en los Andes, luego vienen a la memoria los nombres de Marayes, Pismanta, Uspallata y otros puntos donde se halla el precioso mineral, el que por otra parte, no he de confundir jamás con el que se importa, conocida como es la pureza, peso y color de este último.

La existencia de álamos y de muchos árboles frutales, me indican, desde luego, la morada del hombre, y me hace conocer que no estoy en un desierto.

Los pastos regionales que tanto conocen nuestros gauchos, nos indica desde luego el lugar o región en que nos hallamos, y este conoci-

miento es una brújula segura que tienen nuestros hombres de campo para buscar un rumbo, y aun conocer la proximidad de los ríos o aguadas.

Conocida es esa especie de intuición o ciencia adivinatoria del *rastreador*, que sigue la pista por el rastro del animal que va o viene: errado o no; grande o chico, según la abertura del candado del bazo; cargado o descargado, según la hondura de la pisada; sano o enfermo, según la uniformidad que marcan sus [20] pisadas; solo o acompañado, según el número de los rastros; que marcha despacio o ligero, según que al pisar ahonda la curva saliente del casco; gordo o flaco, según que sale de un lugar de pastos o entra en él después de un largo viaje; o según la ciencia del *baqueano*, que tiene estereotipada en la memoria toda nuestra campaña, con sus cerros, bajíos, lomadas, cardales, pastos, bosques, ríos, lagunas, aguadas, etc.

Si un hombre de ciudad se hallase extraviado en el campo, para orientarse, ocurriría [acudiría?] a la brújula; y si no la tiene, buscará el sol; y si es de noche buscará las constelaciones del cielo guiándose por esa especie de astronomía popular que comenzó con los caldeos; y si está nublado, observará los vientos conocidos, los rumbos de donde soplan el pampero, el norte, el zonda, el sudeste tan conocido en Buenos Aires, los vientos del o para el continente, las corrientes de las aguas, la clase de hacienda que hay en los campos; todo lo dicho, en el supuesto de que nuestro hombre de ciudad conozca estas cosas; pero supongamos una noche oscura, en calma, un campo sin haciendas, sin cardales, sin corrientes, nuestro hombre no se daría por vencido, y soltando las riendas de su caballo, dejaría al instinto de éste buscar la *querencia*.

¿Y si nuestro hombre se hallase a pie como consecuencia de un naufragio o de una caída y fuga de su caballo?

Un hombre de nuestra campaña, téngase por seguro, hallaría el camino que buscaba y que le conduciría a su destino.

Esta serie de inducciones y deducciones, nos marcan el procedimiento metodizado, para llegar a encontrar lo que se busca en las cosas y en los recuerdos.

Nombres ideológicos: los idiomas americanos, y especialmente entre nosotros el quechua y el guaraní (Santiago, Corrientes), tienen re-

presentada cada cosa en el vocablo con que se le designa, bastando a mi objeto citar pocos ejemplos:

Epu, dos; *mari*, diez; luego *epumari* será dos diez o veinte.

Quechu, cinco; *pataca*, cien, luego *quechúpataca* será cinco cientos o quinientos.

[21] *Mari*: diez; *guaranca*, mil, luego *mari-guaranca* será diez mil.

Pehuen: pinar; *ches*, gente; así, *pehuenches* será gente de los pinares.

Caa, selva; *guazú*, grande; así *caa-guazú* será, selva grande.

Aguará, zorra; *guazú*, grande; luego *aguará-guazú* será zorra grande.

Guasú, ciervo; *mini*, chico; luego *guasumini*, será cervatillo o ciervo pequeño.

Un polígloto sacaría mayores ventajas de estos ejercicios, conociendo la índole peculiar de los idiomas más comunes, ya sean las lenguas ideológicas como las americanas, las compuestas como la alemana, la polaca y otras, o las matrices cuyo conocimiento debe suponerse en una persona instruida, como son el latín y el griego.

Nada diré de los idiomas fonéticos inarticulados, a cuya cabeza se halla sin duda el chino, entre otros que nos son poco conocidos.

Nombres compuestos: de los nombres con raíces griegas y latinas, se puede formar una especie de tabla que nos facilite el conocimiento de los nombres y de las cosas que representan, tomando como ejemplo los simples más conocidos y de uso más corriente.

Filos sabemos que significa amante: *geo*, tierra; *metro*, medida; *termo*, calor; *fono*, sonido; *antro*, hombre; *hidro*, agua, etc. etc.

Agregando a los primeros simples palabras, *sofos*, *logos*, *grafos*, *metria*, *polita*, *morfia*, *metro*, o anteponiendo a los simples indicados otras voces de origen griego o latino, como *deca*, *hecto*, *kilo*, *deci*, *centi*, *mili*, que corresponden a los múltiplos de una medida, podría formarse una tabla de la que darán idea las palabras siguientes.

Antro-pofagia: amante de la carne humana como alimento.

Antro-pofobia: horror hacia los hombres.

Antro-pografía: descripción anatómica del hombre.

Antro-poide: imitación del hombre.

Antro-pogenia: estudio de la generación del hombre.

Antro-pomorfia: semejanza de ciertos animales con el hombre.

[22] Antro-pología: estudio de lo físico y moral del hombre en relación con los seres que lo rodean.

Antro-popatia: error en atribuir a Dios, los espíritus y aun seres inanimados, pasiones, sufrimientos, etc.

Baro-metro: medidor de la presión atmosférica.

Crono-logia: ciencia de la computación del tiempo.

Crono-grafia: ciencia de la sucesión de los tiempos.

Crono-metro: medidor del tiempo.

Deca-gramo: medida de diez gramos.

Deci-litro: décima parte del litro.

Filan-tropia: amor al género humano.

Fil-armonía: amor a la armonía.

Filo-logia: ciencia de los idiomas, etc.

Filo-sofia: amante de la sabiduría.

Filo-tecnia: amor a las artes.

Fisio-logia: ciencia de los fenómenos que constituyen la vida.

Fono-grafía: pintura de los sonidos por medio de signos.

Fono-metria: arte de medir y regular los sonidos.

Geo-desia: ciencia de la medición y división de los terrenos y de las operaciones trigonométricas en la formación de planos, cartas geográficas, etc.

Geo-grafia: ciencia de la descripción de la Tierra.

Geo-logia: ciencia de la naturaleza o generación de la Tierra.

Geo-metria: ciencia de la extensión mensurable.

Hecto-metro: medida de cien metros.

Hidro-argiro: plata líquida (mercurio).

Hidro-céfalo: que tiene agua en la cabeza.

Hidro-filo: amante del agua.

Hidro-grafia: descripción de las aguas, aplicación al cultivo, etc.

Hidro-patia: medicina fundada en el uso del agua.

Home-opatia: semejante a la enfermedad; sistema médico del doctor [Samuel] Hahnemann.

Kiló-metro: medida de mil metros.

Metro-logía: conocimiento relacionado de los pesos y medidas antiguos y modernos.

Metro-mania: manía de hacer versos.

Metro-nomo: instrumento músico para marcar los tiempos de un compás musical.

Petro-leo: aceite de piedra o mineral (kerosene).

[23] Piro-metro: instrumento para medir altas temperaturas.

Porno-grafia: tratado sobre la prostitución.

Teo-filo: amante de Dios.

Termo-filo: amante del calor.

Termo-metro: medidor del calórico.

He alterado lo ortografía de los nombres conservando el mismo sonido y haciendo uso de la ortografía usual; así en vez de la palabra *phono* y *sophos* he escrito *fono* y *sofos*, lo que por cierto no altera el sentido.

PALABRAS SEGÚN SU ESTRUCTURA

El estudio de la gramática que es propiamente el estudio de los idiomas, y en último resultado, el estudio del pensamiento, tiene un rico caudal de recursos que podemos utilizar aplicados a la mnemoria.

Las ciencias naturales que bajo Aristóteles, Lineo, Buffon, Cuvier, Jussieu y otros, han seguido una marcha de gradual desarrollo, comenzaron en su clasificación, por los reinos animal, vegetal, y mineral o bien, atendiendo al estado de la materia, las cosas se dividían en sólidas, líquidas y gaseosas; o en fin, según su procedencia, eran naturales o industriales.

Estas enormes agrupaciones hacían imposible un estudio sistemático y metódico, y entonces fue necesario dividir las en géneros, especies y familias, y por fin, darles una clasificación que comprendiendo agrupaciones menores, establecieron las diferencias de géneros, especies, tribus, familias, órdenes, clases, ramas y variedades hasta llegar al individuo.

La Historia fue dividida en períodos, épocas, pueblos y objetos.

Las ciencias morales se descartaron igualmente de los inconvenientes que ofrecía la agrupación única conocida con el nombre de filosofía, y que comprendía estudios e investigaciones tan diferentes como la Lógica, la Moral, la Química, la Física y la Historia, aunque cada una de estas tenga su historia y la historia tenga su filosofía.

Estas divisiones que vinieron a facilitar el estudio [24] por sus agrupaciones y su carácter especial, es lo que propiamente constituye la clasificación en las ciencias.

La Gramática, en sólo el estudio de los nombres, nos presenta los concretos o abstractos, sustantivo y adjetivo, primitivos o derivados, nominales o verbales, patronímicos o gentilicios, propios o comunes, colectivos, simples o compuestos, ordinales, numerales, primitivos, etc., y así de las demás partes del discurso.

Los términos de la oración gramatical fueron reducidos a nueve, según sus funciones que cada uno llenaba en el discurso; pero siguiendo nuestro plan de simplificación, estas *nueve* partes podríamos reducirlas a sólo *cuatro*, para facilitar al espíritu su retención en la memoria.

Así, bajo la denominación del *nombre*, tendríamos el *adjetivo* y el *pronombre*, el que por otra parte sólo puede existir en ausencia de aquel.

El *verbo* debe comprender al *adverbio* que es una modalidad de aquel, como lo es el *participio* en el orden del tiempo.

El *artículo*, la *preposición* y la *conjunción*, debieran comprenderse bajo la denominación de *partículas* en la oración gramatical, ya sea que unan, separen o relacionen algunos otros términos.

La *interjección*, destinada a representar el afecto y pasiones del espíritu, será la cuarta y última parte a que hemos reducido las nueve del discurso.

Así, en el orden de los recuerdos, ya me será más sencillo recordar la idea que busco, y está representada en una palabra; pertenece a la categoría de los nombres, los verbos, las partículas gramaticales o las interjecciones.

No pretendo por esto privarme de los demás recursos que la Gramática ofrece, pero sí establecer un orden de sucesión en las palabras,

que comenzando por la categoría establecida, pueda llevarme a órdenes subalternas en el sentido de la clasificación, pero siempre como un simple hecho de amplificación.

Los verbos en sus diversas clasificaciones de sustantivos, adjetivos (transitivos, intransitivos, pronominales), unipersonales, regulares, irregulares, defectivos, auxiliares, etc., siempre estarán comprendidos por su terminación o desinencia en las tres conjugaciones en [25] ar, er, ir, en que están divididos los regulares y en las mismas conjugaciones en que debieran dividirse los irregulares, so pena de llegar al infinito en distinciones que a nada conducen.

Así, tratándose de una palabra que determine la existencia, acción (agente, paciente o refleja) del sujeto, diré que se trata de un verbo, y lo buscaré en las palabras terminadas en ar, er, ir, sin cuidarme en este momento sobre si es verbo regular o irregular, si carece de modos, tiempos, personas, números, etc.

Estudiando la estructura de las palabras, podríamos fijarnos en el modo como articulan sus letras para formar sonidos o sílabas; pero sería entrar en prolijidades tratar de las articulaciones directas o inversas, simples, compuestas, mixtas, diptongadas, triptongadas, sonidos vocales o inarticulados etc.; sin embargo, como una anotación del recuerdo, y como una recreación curiosa, podríamos fijarnos cuáles son las palabras de una o más vocales o consonantes juntas, que las tiene repetidas, que entran una o más veces en la misma palabra, que las tienen a todas las vocales, y que constan de una o más sílabas; ejemplo:

Palabras con vocales reunidas; *Luis*, diptongo; *buey*, triptongo; *argüíais* y *leíais*, tetratongo.

Palabras con letras repetidas, teniendo presente que esas letras son: a, b, c, d, e, f, i, n, o, p, s: Saavedra, Abbadie, accidente, adducción, leer, Buffon, piísimo, ennoblecer, loor, Poppea, Jussieu; sin que sea pertinente observar, que entre los ejemplos propuestos hay nombres propios de otros idiomas, desde que el carácter asimilador del nuestro les ha dado ya carta de naturalización: sin embargo, respecto de los nombres con *ss*, ofreceré los de Passo y Posse, que son castellanos; de los con dos *ff*, diré que en todos los idiomas se escribe Jefferson y Puffendorf; respecto de los con *pp*, y *bb*,

Poppi, Abbeville y Abbot, son las palabras únicas que designan los pueblos y personas que ellos determinan.

Cada una de las letras vocales puede entrar una o más veces como componente de la misma palabra; v.g.:

A-la, tala, casaca, atalaya, acanalada, acaudalada.

[26] E-te, edén, pesebre, pertenecer, endeblemente, empequeñecerse.

I-mi, titi, incivil, misisipi [sic], indivisibilidad.

O-col, coco, poroto, monólogo, odontólogo.

U-tu, tuyú, uruguai, usufructuario.

Palabras que reúnen en sí todas las vocales: contumelia, murciélago, entusiasmo, emulación, etc.

Palabras de una o más sílabas:

Monosílaba: sol, sal, fin, cal, té, etc.

Bisílaba: papel, pluma, lápiz, etc.

Trisílaba: tintero, raspador, librero, etc.

Tretrasílaba: papelería, librería, portapluma, etc.

Pentasílaba: adivinación, papelería, entomólogo, etc.

Exasílaba: federalización, mineralogía, penetrabilidad, etc.

Eptasílaba: constitucionalidad, anticipadamente, etc.

Octosílaba: imaginativamente, constantinopolitano, inconmensurabilidad, etc.

Nonasílaba: desnaturalizadamente, apasionadísimamente, etc.

Decasílaba: extralimitadísimamente, superabundantísimamente, etc.

Repito que todos estos ejercicios de investigación, si bien pecan de prolijos, tienen su importancia en la gimnástica de las facultades y despiertan la atención que es el factor indispensable de todo buen estudio. “La memoria se fortifica por la atención y el ejercicio” (Geruzes [Eugène-Geruzez]).

Tengo pues, en cuanto a las palabras, que buscar solo cuatro que son los tipos a que debo referirlas: nombres, verbos, partículas, e interjección.

De los nombres, los que designan cosas o cualidades.

De los verbos sólo hay los en *ar, er, ir*.

Las partículas, relacionan, unen, o separan.

Las interjecciones, queda establecido, y en esto no hay innovación, que es toda impresión del espíritu que se siente afectado por una causa cualquiera.

ASOCIACIÓN DE IDEAS

Una de las funciones psicológicas que constantemente se está produciendo en nuestro espíritu, es la asociación de las ideas, o sea la relación más o menos mediata de un pensamiento llamado por otro, de una idea que despierta a otra idea, y así sucesivamente, en esa correlación necesaria que existe entre todas las facultades.

Pero esa asociación no es un fenómeno caprichoso del espíritu, y tiene sus reglas y preceptos de una lógica ineludible.

El juicio o sea la comparación de dos o más ideas, me trae desde luego la necesidad de la generalización, ya sea que marche de menos a más que es lo que constituye la inducción, o bien que siga el camino de más a menos, esto es, de lo general a lo particular, que es lo que constituye la deducción.

El raciocinio es la correlación de las ideas, que como una especie de irradiación parte desde nosotros, o de una idea dada, para extenderla y ensancharla, siguiendo un orden dado de concepciones.

Casi podría decirse, que así como en Geografía adoptamos la idea geocéntrica, partiendo del lugar en que vivimos para extenderlo al partido, pueblo, nación, continente, hemisferio, etc.; así, en el orden psicológico, partimos de nosotros y nos extendemos a la humanidad toda, formando en nosotros mismos el punto antropocéntrico que sucesivamente nos lleva del individuo o persona hasta la gran colectividad constituida por la especie humana.

Pudiera decirse que a propósito de la ciudad de Buenos Aires se despierta en mi espíritu la idea de ciudades que evoca los nombres de París y Londres; pero esto no es lógico, porque hay una vinculación menos estrecha entre estas ciudades del viejo y del nuevo mundo, que entre la

idea Buenos Aires y su importancia, su grandeza y comercio, sus riquezas, y el risueño porvenir que espera a los pueblos de América en un tiempo no lejano.

A propósito de Jesucristo, el gran moralista, o el Dios Hombre como le llama la Iglesia Romana, no se despierta en mí la idea general de los grandes hombres, sino la idea parcial de los fundadores de religiones, tales como Confucio, Zoroastro, Mahoma y otros que pertenecen a esta alta categoría.

No es a propósito del diamante cuya naturaleza química me indica el carbón cristalizado, que yo he [28] de pensar en los carbones; sino, que pensaré en las piedras preciosas, y evocaré la memoria de Luis de Bergen que supo tallarlos para poder producir esos hermosos brillantes que hacen la desesperación de las damas.

Por lo demás, y como una cuestión de asociación y amplificación recreativa, podré, a propósito de un nombre, sacar todas las deducciones y observaciones a que se preste, aplicando el principio jacotiniano: “todo está en todo”.

Bastaráme un solo ejemplo para probar mi tesis, y ya que he tomado el nombre Jesucristo, sírvame este de modelo.

Filosóficamente considerado, veo en este hombre extraordinario al fundador de la moral más pura, de esa moral que predica el amor y caridad para con el prójimo, y que condensa en breves palabras el gran secreto de su grandeza: a tu prójimo como a ti mismo: no hagas mal a nadie; enseña al que no sabe; sé caritativo.

El Cristo, con sus santos preceptos fundó la unidad de creencia sobre la base única y verdadera, y excede en mucho a Sócrates en haber fijado los destinos del género humano, en haber civilizado al mundo con su obra divina, y en haber enseñado con el ejemplo la virtud en todas sus manifestaciones. La corrección en sus palabras, la precisión en sus ideas y la belleza en sus objetos, constituirán siempre los preciosos fundamentos en que descansa su obra, el Cristianismo, llamado a sobrevivir a todas las instituciones y a todas las sociedades.

Jesucristo nacido en Belén y crucificado en el Gólgota, nos presenta en el teatro de su obra redentora, una vasta lección de geografía,

que grava en la mente del cristiano hasta los más simples detalles que se refieren a una zona vastísima.

Su historia, que abraza el Imperio Romano en todo su poder, al Egipto con todos sus misterios, y a la Palestina con todos sus extraordinarios acontecimientos, nos lo presenta regenerando a la Humanidad, y echando los fundamentos de una nueva era en el tiempo y en las ideas, para cuya obra grandiosa no se asoció sabios, sino humildes pescadores, que encen[29]didos en el espíritu de Dios, llevaron su tarea de propaganda hasta la abnegación y el sacrificio.

¿Qué institución hay que cuente diez y nueve siglos de vida, y de la cual pueda anticiparse que no tendrá término?

La Aritmética nos da la unidad que es consiguiente a un nombre propio, y nos da igualmente como la primera medida anual de una nueva época: Era Cristiana.

La Gramática nos enseña en la palabra de Jesucristo, un nombre propio, compuesto de Jesús y de Cristo; decalítero, por el número de sus letras; tetrasilábico, por el de sus sílabas; grave, por su pronunciación; masculino, por su significación y terminación, y singular, por su especialidad; pues conviene tener presente que los nombres propios tienen también su plural formado por los artículos, así se dice: los Demóstenes, los Napoleón, los Alejandro, lo que no puede suceder con la palabra que analizamos, pues a nadie ocurriría decir los Jesucristo.

Este nombre es también una interjección ¡Jesucristo!, llenando así las funciones de una oración gramatical elíptica.

Su etimología, nos enseñará, que *Jesús*, significa salvador de los hombres, y que *Cristo* equivale a: ungido por el espíritu de Dios.

Por último, la Teología nos lo enseña como la segunda persona de la Santísima Trinidad, bajo la designación de “El Hijo”, que encarnó para efectuar la redención de los hombres, ofreciéndose en holocausto a su divino Padre.

Queda pues demostrado, cómo la asociación de ideas puede llevarnos dentro de la lógica más estricta, a buscar todas las relaciones y congruencias de un nombre, sin perder de vista la idea matriz o generadora.

Antes de concluir estas ligeras reflexiones, debo encarecer la necesidad del ejercicio, el conocimiento de las reglas que dejo sentadas, y sobre todo, la observación práctica de ellas.

Recomiendo a mis hijos la buena costumbre de hacer copias de obras de autores bien acreditados, y de hacer extractos de las mismas, con lo cual no solo se consigue una buena ortografía, sino robustecer y muchas veces crear la memoria, esa facultad preciosa que nos es de indispensable necesidad en nuestros estudios.

LA ATENCIÓN

REMEDIOS CONTRA LAS DISTRACCIONES DEL ESPÍRITU

Que “La Atención”, sea una facultad o un estado del alma, en lo que bien podrían tener razón Laromigère o Destutt de Tracy, respectivamente, es lo cierto, que en el primer caso no sería una facultad primitiva, y en el segundo sería un simple fenómeno de volición, en que el espíritu aplica toda su actividad a una idea o un objeto cualquiera, no sucediendo lo mismo con la reflexión, en que el objetivo es un fenómeno de conciencia.

La atención requiere pues toda la fuerza de nuestra voluntad para conocer, estudiar y aperebir claramente su objeto, y cuando ella es completa, llega hasta hacerse abstracción del agente que estudia.

Son hechos muy conocidos, el de Newton, cuando echa en el calentador su reloj en vez del huevo que debe pasar por agua para su alimentación; el de Arquímedes cuando el soldado romano le da muerte en Siracusa, y el muy común de los jugadores de ajedrez que estudiando sus combinaciones, no oyen la campana del reloj que da las horas en la misma habitación donde se hallan.

Concentradas las facultades de observación en un punto fijo, es indudable que tomamos plena posesión de él, que su impresión quedará grabada de un modo más permanente, revistiendo así todos los caracteres

de un conocimiento pleno, e inversamente, la ausencia de Atención cuando pensamos o estudiamos una cosa, es la esterilidad de un trabajo que ha producido la impresión pasajera del momento. “La atención es el buril de la memoria” Levis⁴.

Se dirá entonces, que la distracción, la preocupación, y a veces la asociación de ideas no pueden apartarnos de la idea u objeto que estudiamos, desde que [31] basta la decisión de la voluntad para precavernos de esos olvidos y distracciones del momento, pero esto no es verdad en absoluto, como vamos a demostrarlo.

La atención puede existir en estado latente, esto es, existir la facultad de observar, faltándole solo la ocasión de ser aplicada, lo que ocurre en las gentes de estudio; o bien, puede hallarse enervada por la mala aplicación que de ella se hace, y en tal caso debemos robustecerla con un ejercicio metodizado.

En el lactante, llamamos su atención por medio de un cascabel, de una luz, o de cualquiera otra cosa que impresione sus sentidos.

En el niño, estimulamos su atención por el interés, por el premio, por la satisfacción que experimenta al alcanzar un resultado.

Si a un niño lo hacemos leer en alta voz, medio eficaz de concentrar su espíritu para alcanzar el conocimiento que se busca, de seguro que las ideas se han grabado lo suficiente para dejar establecido el recuerdo de lo que ha leído.

Me he servido del «Libro de Objetos Ilustrados» de Elliott⁵, abriendo una página en que se contienen seis figuras en la primera línea, y el niño, y yo también, en la visión instantánea del libro que abro y cierro en seguida, apenas conservábamos el recuerdo de una o dos figuras, pero repitiendo el acto, y con la ayuda del ejercicio, llegábamos a avivar la atención

4 Se refiere a Pierre Marc Gaston, duque de Lévis (Francia, 1764-1830), autor de *Maximes et réflexions sur différents sujets*, 1808.

5 Alude al libro de H. O. Elliott, *Illustrated Book of Objects / Libro de objetos ilustrados*, del que circuló una versión de 1886. Servía para la enseñanza de vocabulario inglés y castellano. Contiene más de dos mil ilustraciones. Debajo de cada grabado o viñeta aparece la palabra en ambos idiomas.

y a tomar del primer golpe de vista todas las figuras de la línea, su orden de colocación y hasta los detalles de cada una.

Este ejercicio repetido metódicamente, nos daba la posesión y conocimiento de muchas cosas a la vez, con economía de tiempo y de trabajo intelectual.

Además de la fácil aprehensión de las cosas por medio de una atención robustecida por el ejercicio, conseguía ejercitar la memoria que tan importante papel llena en toda observación y estudio.

El interés que la lectura puede despertar, depende sin duda alguna de la importancia que tiene lo que se lee, y por esto, debe preocuparnos la elección de buenos libros, en que se reúna la forma galana y atrayente, así como la novedad que ella puede despertar en nosotros.

[32] A este fin, si estudiamos historia, se nota que los episodios se graban mejor en la memoria, y que los hechos de un héroe, dejan un recuerdo más duradero que el de su genealogía, fechas y digresiones que suelen ser tan comunes.

Leo una página, y si al hacer el recuerdo retrospectivo no conservo plenamente su contenido, puedo repetir la lectura, y si el nuevo examen de lo leído no me ha dejado un recuerdo claro y preciso, es necesario cerrar el libro para no perder tiempo, buscando una ocasión más oportuna.

Efectivamente, el momento para estudiar será siempre cuestión de importancia, y así elijo la mañana, en que la mente está más descansada y en que el estómago está vacío, pues es bien sabido que cuando este órgano está en un trabajo laborioso, el pensamiento considerado como un fenómeno de fosforescencia intracraneal, sufre necesariamente un quebranto.

Igual cosa sucede cuando existe algún motivo que pueda distraer nuestra atención, tales son, la preocupación de ideas, la facilidad con que estas se asocian apartándonos del objeto principal, y las distracciones por causa de la música, de conversaciones, o de ocupaciones complejas. Cuántas veces leemos, casi mecánicamente, nuestra mirada ha recorrido las líneas, mientras nuestro pensamiento está muy lejos del lugar y del asunto de la lectura, o sigue todos los accidentes melódicos de una música que nos recrea.

Malebranche, decía con razón, seríamos sabios si la inquietud y la agitación de nuestra voluntad no turbase y fatigase sin cesar nuestra atención.

Pero la voluntad, como hemos visto, no basta por sí sola para dominar esas perturbaciones, y necesitamos crear y robustecer la atención por medio de un ejercicio sistemado [*sic*].

Conozco personas que necesitan leer repetidas veces un concepto, para tomar plena posesión de él; en este caso hay la manifestación de una voluntad perseverante, pero se pierde tiempo y trabajo intelectual, cuando la apercepción del concepto que se busca puede hallarse con mayor facilidad metodizando el estudio.

Quando la atención está debilitada por la falta de [33] método, o por la repetición de un estudio que llega hasta la monotonía, ese enervamiento es fácil hacerlo desaparecer aplicando las reglas siguientes:

Si existe el cansancio, busco el descanso.

La monotonía la combato con el cambio y la variación.

Las distracciones las combato buscando la oportunidad de tiempo, lugar y naturaleza de lo que es objeto de la observación.

La preocupación que puede distraer la concentración de mis facultades al objeto que me propongo, la combato cambiando de ocupación.

Llenados esos preceptos de la higiene intelectual, sólo me resta ejercitar mis facultades de concentración, que han de constituir ese estado feliz del espíritu, que llamamos la atención, y para conseguir este resultado que no siempre depende de la voluntad, indico las reglas siguientes:

1° Leer un párrafo de un libro, luego cerrar el libro y tratar de repetir mentalmente, aunque sea en lo sustancial, las primeras veces, lo que se ha leído, con la seguridad de que ese ejercicio mnemotécnico, me dará más tarde la plena posesión, hasta literal, del párrafo leído.

2° Tomar un libro de objetos ilustrados para abarcar en una primera mirada el mayor número de ellos, y cuya aprehensión puede aumentar con el ejercicio, hasta en sus más mínimos detalles.

3° Escribir cantidades de números abstractos, con cifras diferentes, tratando en la primera visión que hacemos de ellos, de conservar su valor

y posición respectiva de sus cifras, con cuyo ejercicio llega a leerse de una primera mirada guarismos hasta de catorce cifras sin esfuerzo alguno.

4° Escribir nombres de personas o cosas, haciendo con ellos los precedentes ejercicios.

5° Ejercitar la memoria con lectura de fábulas y composiciones en verso, recordando el adagio, “si cada día aprendiésemos dos líneas de memoria, llegaríamos a ser sabios”.

6° Consagrar a los ejercicios precedentes, no más de media hora cada día, para no fatigar las facultades retentivas, pudiendo asegurar que este corto ejer[34]cio diario robustece esas facultades y hace fácil el trabajo.

7° No olvidar que en estudios, como en la alimentación, la variedad reporta grandes ventajas a la vida del espíritu, como a la del organismo.

Un ejemplo de lo que vale un breve momento de atención, es el siguiente que cualquiera puede experimentar en solo un minuto de tiempo.

Sabido es que en la milicia suele diezmarse a los delincuentes cuando son muchos, a fin de castigar o salvar a los que la suerte señala con el número diez.

Se trata en el presente supuesto, de treinta delincuentes, y se resuelve castigar a la mitad, esto es, a quince, salvando a los demás que por razones de juventud, simpatía y aun empeños, deben ser exceptuados del castigo, sin cometer ostensiblemente una marcada injusticia.

Los que deben sufrir pena representémoslos por cuadratines negros, y los que se ha resuelto salvar del castigo, por cuadratines o cuadrados blancos.

■ ■

□ □ □ □ □ □ □ □ □ □ □ □ □ □ □ □

A fin de conseguir el resultado que se busca, deben colocarse en el orden siguiente, para la triste operación del sorteo.



Comenzando y continuando el sorteo hasta el final de la operación, esto es, hasta sacar los quince que deben ser castigados, se verá que los representados por los cuadratines blancos quedan eximidos de la pena.

Ahora, para recordar el orden de colocación, representemos sucesivamente por un número dígito, a unos y otros, de la siguiente manera: a los dos primeros con el número 2, al segundo con el 1, a los terceros con el 3, a los cuartos con el 5, a los quintos con el 2, y en el mismo orden a los demás, según la cantidad de cuadrados, y obtendremos el número 21,352241,131221.

[35] Suprimamos el 21 del principio y el 21 del fin, para su colocación oportuna en los expresados números, y nos quedará la cantidad de 3,522,411,312, número que podemos fácilmente retener en la memoria, debiendo después añadir los suprimidos del principio y fin de la cantidad mencionada, y así, recordaremos con la mayor sencillez, que la colocación de los delincuentes debe hacerse en el modo y cantidad que dejamos expresada. Repitiendo este ejercicio se retendrá fácilmente la cantidad de $21^2.352,241^1.131,221$.

También se puede expresar el caso supuesto de la siguiente manera:

La tripulación de cierto buque consistía de 30 hombres; 15 blancos, y 15 negros. Levantóse una tormenta, y fue necesario acudir a los botes; pero éstos no podían dar cabida sino a la mitad de dicho número. Se acordó que todos fuesen diezmados, y alineados, el capitán los contaría uno por uno sucesivamente, y el que hiciera número diez en el sorteo, iría a tomar puesto en el bote, hasta el número de quince, debiendo el resto permanecer en el buque expuestos al azar.

Pero queriendo el capitán favorecer a los de su raza, colocó sus hombres de manera que se quedaran detrás los pobres negros.

La regla de procedimientos para fijar la colocación de los hombres en las cantidades expresadas por las cifras numéricas, es bien sencillo: se

colocan 30 porotos negros, y se sacan los que ocupan los números diez, que serán reemplazados por porotos blancos, se siguen contando siempre de diez, en diez, pero solo sobre los porotos negros, para ser reemplazados por los blancos, y así sucesivamente hasta que queda un número de 15 blancos y 15 negros, ocupando cada uno el lugar que le ha tocado en el sorteo; esto es: 2 negros, 1 blanco, 3 negros, 5 blancos, 2 negros, 2 blancos, etc.

Estos procederes constituyen el arte de la memoria artificial y el secreto de concentración de nuestras facultades para conservar una atención perseverante en nuestros estudios.

Es de creer que este procedimiento no fuera desconocido a Mitridates, de quien se dice, conocía el nombre de todos los soldados de su ejército, y hablaba [36] con igual corrección hasta veinte y dos lenguas o idiomas, esto es, que nos refiramos al modo de hablar ó á la estructura del lenguaje.

Este ensayo mnemónico, no obstante sus defectos, es un nuevo esfuerzo que consagro a la educación de mis hijos, y que de algún provecho puede servir a los demás.

